

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

LA MUJER.

ESTUDIOS MORALES,

POR

LA SEÑORA DOÑA MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

SEGUNDA SERIE.

ARTÍCULO VI.

El vestido blanco.—Una noche en el teatro.—La belleza y la gracia.—El Conde S...—Casamiento de Paulina.

I.

Quince años cumplía Clemencia cuando su madre la llevó por vez primera al teatro. Paulina, que solo contaba diez, estaba algo indispuerta y se quedó en casa con su padre.

Aunque las dos niñas contaban tan pocos años, ya formaban el contraste mas perfecto.

Clemencia, cuya estatura estaba poco desarrollada, ostentaba toda la inocencia de su edad y toda la bondad y tímida modestia que imprime en una jóven el no tener jamás voluntad propia.

Paulina, cuyos medros eran escésivos, tenia la misma talla que su hermana y ese coquetismo trivial é insoportable de la niña que quiere figurar mucho antes de una época razonable.

La soledad habia obligado á la pobre Clemencia á buscar su distraccion en la lectura, en el dibujo y en la música: quedábase en casa todas las noches que su madre y su hermana salian, porque Paulina asistia al teatro y á las reuniones, como si ya fuese una señorita, cuya educacion estuviese completamente terminada, y cuya edad la llamase á hacer papel en el mundo.

Clemencia y su padre quedaban, pues, solos en casa y en la habitacion de este último: el anciano se recostaba en un sillón y Clemencia tocaba un rato el piano y otro rato leia para distraer el aislamiento de su padre y el suyo propio.

La noche que la Señora C... abría á sus amigos

su lindo salon y les daba un agradable té, continuaba para el padre y la hija la misma soledad: el anciano, á pesar de su impasible bondad, no queria hacer ante los concurrentes el papel que le habia reservado su esposa; y en cuanto á Clemencia, preferia quedarse á su lado para hacerle compañía.

En la noche, de que hablé al empezar este artículo, la Señora C... llevaba al teatro á su hija mayor porque, de otro modo, estando Paulina indispuerta, hubiera tenido que renunciar á la primera representacion de un drama, que hubiera sentido perder, en atencion á ser la obra de un autor muy acreditado.

No bien la Señora C... y Clemencia salieron de casa, entró Paulina en la habitacion de su padre.

—Hija mia, dijo el anciano; léeme un poco en ese libro en que acostumbra hacerlo tu hermana.

—No puedo leer, papá; respondió la niña secamente.

—Por qué?

—Porque estoy de muy mal humor: figúrate que, además de tenerme que quedar en casa por mi dolor de cabeza, ha puesto mamá á Clemencia un vestido mio.

—Un vestido tuyo!

—Sí, sí! El peor, es verdad; el blanco de muselina lisa que me hicieron poco ha; pero al fin era nuevo!

—Pues qué, ¿no tiene Clemencia vestidos? exclamó el pobre padre, asombrado á pesar de su aparente inercia.

—Tiene algunos trages de casa.... oscuros y muy feos.... como nunca sale!.... pero desde hoy tendrá uno mas, porque yo no me vuelvo á poner el que lleva.

—Niña, y por qué?

—Porque me habrá ensanchado el talle cuatro dedos!.... bonito estará ya!

—Perdone usted, señorita; dijo una doncella que servia el té en un veladorcito al coronel y á Paulina: yo misma he tenido que entrar, lo menos un dedo, todas las costuras del cuerpo del vestido: la señorita Clemencia tiene un talle tan lindo y gracioso, que jamás lo hubiera creído!

—Vete y llévate el té! gritó la niña terriblemente contrariada: ese olor me aumenta el dolor de cabeza.

—Vamos, tiene el mismo carácter que su ma-

dre, murmuró el coronel: nunca ha podido sufrir que otra persona valga mas que ella!

II.

El teatro del Príncipe, á donde aquella noche se dirigieron la Señora C.... y su hija, estaba lleno de una concurrencia escogida.

Ocupaban los palcos las mas hermosas mujeres de nuestra sociedad elegante, cubiertas de lazos, de encajes, de pedrería y de flores.

Al terminarse la sinfonía, se abrió con estrépito un palco bajo, y la Señora C.... apareció en él pomposamente, movió las sillas, dió á uno de los caballeros que la seguían su abrigo blanco y tomó de las manos de otro la caja de sus gemelos.

Luego volvió á empujar las sillas y se sentó en una de espaldas al escenario.

Entre tanto Clemencia se habia despojado modestamente de su pañolón de merino blanco y le habia colocado cuidadosamente en el respaldo de su silla; porque aquel pañuelo le habia sido prestado por su madre al reparar esta, por la primera vez, en que no tenia su hija para abrigarse mas que un raído capotillo negro.

En cambio Paulina tenia abrigos de todas clases de formas y colores.

Al oír el estruendo producido por la esposa del coronel, todos los gemelos se fijaron en su palco y, forzoso es confesarlo, durante largo rato permanecieron clavados en él con rara insistencia y sin hacer caso del drama que se estrenaba.

Verdad es que la Señora C.... y su hija, formaban el mas extraño contraste.

Llevaba la primera un traje de raso azul de cielo, con volantes de encaje blanco de ínfima calidad: entre sus cabellos, canos y teñidos de un negro lustroso, campeaban dos grandes alfileres y una diadema de piedras falsas.

Componíase su peinado de multitud de rizos y de trenzas postizas: llevaba guantes blancos, de piel, muy cortos, que dejaban mas al descubierto sus flacos y morenos brazos, y un enorme ramillete de flores artificiales.

Clemencia tenia puesto el traje de su hermana: su gracioso talle estaba libre de toda sugestión, pues á pesar de haber entrado el cuerpo del vestido, la estaba muy flojo todavía.

El peluquero, que habia arreglado sus cabellos y que era el mismo que habia peinado á su madre, habia querido mostrar todo su gusto y habilidad en la cabeza de Clemencia: advertido por esta de que ningún adorno habia de llevar, rizó su rica cabellera, formando con ella gruesos y lustrosos bucles que rodeaban su frente y sus mejillas, y acariciaban sus hombros y el nacimiento de su blanca espalda.

Todo su traje lo componía un vestido blanco, enteramente liso; todo su adorno consistía en sus cabellos; en su rostro no habia belleza; y sin embargo, ella fijaba la atención general.

—¿Quién es esa jovencita tan graciosa? preguntaba en las butacas un joven á un amigo suyo.

—No lo sé; no la he visto hasta hoy; pero debe ser hija de esa vieja loca que está con ella, la coronela C....

—Esa niña es encantadora! Se descubre en ella un sello de gracia tan esquisita y tanta distinción, que vale mucho mas que si fuera hermosa! ¿Será rica?

—No por cierto: su padre tenía alguna hacienda además de su retiro, pero la coronela lo ha vendido ya todo para comprarse galas y comprarlas á otra niña que tiene y que es la que la acompaña siempre.

—Vale tanto como su hermana?

—Es ya una belleza deslumbradora.

Clemencia nada de esto oía: atenta completamente al drama, cuando abandonó el teatro, ni aun se apercibió siquiera del efecto que habia producido.

III.

Desde aquel día se supo que el coronel C.... tenía dos hijas en vez de una; pero á pesar de la belleza de Paulina, á pesar del empeño de su madre en realzarla á costa de Clemencia, todas las miradas se fijaban en esta cuando aparecía al lado de su hermana.

El trascurso del tiempo aumentó lo que la Señora C.... llamaba *estravagancia del mundo*: la hermosura de Paulina se veía tanto en todas partes, que todos se acostumbraron á ella, al paso que Clemencia tenía el privilegio de llamar la atención general por lo poco que aparecía en público.

Porque habeis de saber, lectoras mías, que por mas completa que sea vuestra hermosura; por mas que esteis dotadas de todas las perfecciones, si asistís á todas las fiestas, á todos los espectáculos, si os poneis constantemente en público, concluirán todos por fastidiarse de veros y por no reparar siquiera en vuestra presencia.

La reserva, que es uno de los mas bellos atributos de la mujer, aconseja tambien que esta viva desde su mas tierna edad, entre las paredes de su casa: solo así puede hallar la verdadera felicidad: solo así puede alimentar su entendimiento y su corazón: solo así puede tener tranquila su conciencia: porque los deberes que imponen á una mujer una casa bien ordenada y una familia feliz, son muchos y mal los cumplirá la que dedica al mundo y á los placeres todo su tiempo.

Por el contrario: sin mas que tener una figura regular y gracia para vestiros, causareis mas efecto cuando os presentéis en público, si esto lo haceis pocas veces: vuestras gracias parecerán mayores cuanto mas nuevas sean, y llamareis mas la atención de todos, que aquellas bellezas perfectas que solo se ocupan de lucir en todas partes.

La Señora C.... instaba mucho á Clemencia para que las acompañase á las reuniones, á los paseos y á los teatros; pero esta se escusaba siempre con su poca afición y se quedaba, junto á su padre, bostazando ó leyéndole en voz alta.

Clemencia poseía una rara habilidad para todas las labores de su sexo: además tocaba el piano

con admirable perfeccion, dibujaba con gusto y maestría, cantaba como un ángel y sabia el francés y el italiano.

Y todo esto se lo habia aprendido sola, sin mas auxilio que el de algunos libros hallados en el gabinete de su padre, ó prestados por una amiga de su edad que los habia desechado ya por viejos.

Cuando se veia precisada á presentarse en sociedad, su tocado era escensivamente modesto, porque sabiendo los apuros que cada dia iban asediando su casa, no se atrevia á pedir nada á su madre para su adorno: no ignoraba que esta habia gastado con Paulina todo cuanto poseian y que apenas podian ya contar con pasar el resto de sus dias al abrigo de la miseria.

Mas á pesar de tanta sencillez, bien pronto se vió olvidada Paulina al lado de su hermana: su frívola conversacion, lo vacío de su espíritu y de su cabeza, hacian que su trato fatigase á las personas sensatas: no entendia mas conversaciones que aquellas en que se trataba de bailes, de modas ó de aventuras galantes: y su educacion habia sido tan descuidada, que ni aun la habian enseñado que hay ocasiones en las cuales debe una jóven hacer entender con su silencio que no comprende de qué se habla.

IV.

Los triunfos de Clemencia ahogaron en el alma egoista de su hermana la afecion que la profesaba cuando aquella permanecia oscurecida é inofensiva.

No obstante Clemencia seguia siendo la modista perpétua de su madre y de su hermana: todos los objetos bordados que usaban en su atavío, eran obra de aquella amable jóven: cada mañana entraba en el elegante tocador de Paulina y peinaba con el mayor esmero y primor sus hermosos y abundantes cabellos negros; y luego hacia ella su propio tocado en su humilde cuartito y delante de un pobre espejillo que tenia un palmo en cuadro.

Nada de esto desarmaba á Paulina: antes bien la irritaba cada dia mas: los culpables no admiran á la dulce y celestial virtud: lejos de suceder esto, despiértase su envidia y su encono contra los que la poseen.

Un nuevo accidente vino á poner el colmo á la ruin animosidad de Paulina: Clemencia, que habia ya desechado diferentes proposiciones de matrimonio, sin decir nada á su familia, inspiró á un gallardo jóven una pasion tan violenta, que no pudo pasar desapercibida como las otras.

Clemencia, á la verdad, justificaba aquel extremo de cariño: acababa de cumplir veinte y dos años, y jamás mujer mas graciosa y encantadora ha fijado las miradas de la sociedad: no era ciertamente tan bella como Paulina y aun la faltaba mucho para ser linda; pero habia en torno suyo tal perfume de elegancia y delicadeza; era tan dulce y espiritual; llevaban todos sus movimientos el sello de una gracia tan esquisita; eran tan elocuentes sus grandes ojos azules; tan hermosos sus cabellos castaños, tan agradable su sonrisa, tan precioso su talle, tan

delicadas sus manos, tan pequeños sus piés, y estaba tan noblemente lleno de atractivos su conjunto todo; que era imposible verla y no amarla.

Clemencia imperaba á un tiempo mismo sobre el corazon y sobre la cabeza de las personas que la trataban: subyugaba á la vez el alma, los sentidos y el espíritu de los que tenia en torno suyo, y era, en fin, uno de esos seres nacidos para inspirar las volcánicas pasiones, que jamás ha podido hacer nacer la belleza perfecta y que esta no sabia hacer durables, aunque la fuera dado encenderlas.

El hombre, que tan violentamente se apasionó de aquella jóven era, en verdad, el único que hubiera podido hacer latir de amor su corazon: reunia á las ventajas de un brillante nacimiento, todos los atractivos de una belleza completa, aunque varonil: á las dotes de la inteligencia las mas esclarecidas cualidades del alma y las mas hermosas prendas del corazon; y al amor mas intenso, la mas rara estimacion por las excelentes virtudes de Clemencia.

Pero esta rehusó su cariño como ya habia rehusado otros muchos: solo que esta vez dió razones que anteriormente no habia dado.

Dijo que su padre, enfermo y aislado, necesitaba de su asistencia: que su madre estaba atacada de un padecimiento á la vista que ella misma no conocia, y que siendo muy probable que Paulina se casase antes de pasar mucho tiempo, debia ella permanecer libre para cuidar á sus padres.

—Ellos lo serán míos, repuso el Conde S.... que este era el enamorado jóven: vivirán con nosotros y todo les sobrará.

—Les faltaria mi tiempo y la parte mejor de mi cariño, que serian para mi esposo; contestó Clemencia con tristísima pero dulce sonrisa: además, V. tiene madre y hermanas, amigo mio, y aunque yo estoy cierta de que sabria complacerlas, estoy segura tambien de que mis pobres padres solo serán, dentro de poco, agradables á mis ojos y amados de mi corazon.

El Conde S.... no insistió; pero corrió á pedir la mano de Clemencia á sus padres.

El coronel se encojió de hombros con indiferencia: los años habian trocado su debilidad de carácter en un completo egoismo.

En cuanto á la Señora C.... oyó con disgusto la peticion matrimonial: su ídolo era Paulina, y en su falta de tacto se atrevió á insinuar al Conde que mas feliz seria con la *hermosura* de su hija menor, que con la *figura insignificante* de Clemencia.

El Conde salió desesperado.

Tres dias despues partió para París, no sin dirijir antes una amarga carta á Clemencia, dándole un irónico parabien por los padres que le habia concedido el cielo y por los cuales se sacrificaba.

V.

Desde que despidió al Conde S.... Clemencia se retiró absolutamente de toda sociedad.

Pasaba al lado de su padre, ó sola en su cuarto, meses enteros trabajando en obras prolijas de bor-

dado y de pintura, que luego guardaba cuidadosamente, y empleando algunas horas del día en leer ó cantar acompañándose con el piano.

Ni su madre, ni su hermana, sabían de ella, ni la veían apenas: la Señora C... se ocupaba en derrochar los últimos restos de su caudal y Paulina en lucir su belleza que, forzoso es confesarlo, era cada día mas deslumbradora, sin que bastasen á empañarla las noches sin sueño pasadas en los bailes.

Así trascurrieron tres años: al fin de ellos, un hermoso joven, secretario de una legación extranjera, vió á Paulina en una *soirée*, se hizo presentar en su casa, y despues de un mes de galanteos pidió su mano, que le fué concedida con loca alegría por la Señora C... y con estrema indiferencia por parte del coronel.

Otro mes habia pasado cuando Clemencia dejó una mañana su lecho al rayar el alba y entró en la habitacion de su hermana para adornar su frente con la corona nupcial.

Paulina abrazó llorando á su hermana y la suplicó que la perdonase su desvío y su injusticia pasada, pues no queria ir al altar con tan cruel remordimiento.

Clemencia se lo otorgó llenándola de caricias y empezó á ataviarla con un magnífico trage, estendido en el divan de seda azul que rodeaba el tocador.

Aquel trage agotó los últimos recursos de los Señores C... y eso que el regio aderezo de diamantes, que debia ostentar Paulina, habia sido regalado por su novio.

Los desposados y sus padres fueron al templo en una soberbia y abierta carretela azul, tirada por caballos blancos y forrada de raso de este mismo color.

Clemencia se envolvió en una mantilla espesa y presenció, oculta por un pilar, la ceremonia: desde que despidió al conde vestia hábito negro de la Soledad, y nadie oyó los sollozos que alzaban el seno de aquella enlutada figura.

¡El amor filial, por fuerte que fuese, no podia sofocar los recuerdos de su perdida dicha!

Al salir de la iglesia, volvió la comitiva á casa del Señor C... y despues de un suntuoso almuerzo, cambió Paulina de trage y subió con su esposo á un elegante coche de camino, pues el joven diplomático tenia licencia para ir á pasar la luna de miel á su pais natal.

Paulina no derramó una lágrima siquiera al dejar á sus padres; pero no hay en esto nada de extraño, pues sabido es que los hijos solo aman á los autores de sus dias, cuando estos llenan debidamente su sagrada mision.

Unicamente al abrazar á Clemencia se hincharon de llanto los ojos de la joven desposada.

¡Ya no habia envidia que las dividiese! Paulina veía un horizonte de dicha! Clemencia quedaba en la desgracia!

Aquella estrechó á esta convulsivamente contra su blanco seno y murmuró en su oído:

—Reza por mí!
El coche partió á galope.

FIN DEL ARTÍCULO SESTO.

MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

LAS ALMAS GEMELAS.

NOVELA ORIGINAL

POR

Doña Robustiana Armiño de Cuesta.

PRIMERA PARTE.

(CONTINUACION.)

—Hé ahí, dijo con seriedad Mma. Cronstad; hé ahí lo que te he dicho tantas veces; Carlota encierra un carácter fuerte y noble en un alma angélica y bondadosa: ¿A qué, pues, ofender su orgullo? Su rostro tenia una espresion de cólera terrible, y mucho temo, Teodoro, que tus lisonjas hagan parecer á Carlota menos bella á los ojos de Lenois.

Y Doña Margarita desapareció lentamente por la galería donde estaba situada la habitacion de Alberto, al que llevaba de la mano.

—Habrá gente mas incomprendible! exclamó Teodoro estupefacto con los dos chubascos que acababa de sufrir; ¡mi madre que nunca me ha reprendido hasta ahora! ¡Y mi hermana que parecia tan angélica! ¡Voto á... y se paseaba furioso por el salon como un niño mimado á quien reprenden por primera vez.

Dieron las nueve, abriéronse con precipitacion las puertas del salon, y Mma. Cronstad se adelantó apoyada en el brazo de Lenois, vestido de toda ceremonia.

Seguian detrás dos criados con bombas de cristal azul para alumbrar el cielo raso, que velaron las ventanas con cortinas de gasa blanca y azul, y colocando sobre ellas vistosos ramos de flores, que perfumaron el salon con sus dulces emanaciones, se retiraron haciendo las reverencias de costumbre.

Doña Margarita habia recobrado la serenidad; y el placer que experimentaba al ver á Lenois la hacia parecer mas joven; la multitud de luces que habia en el salon se multiplicaban hasta lo infinito, reflejando sobre los ricos brillantes que ornaban la frente, los brazos y el cuello de Mma. Cronstad.

Teodoro dió algunos pasos hácia Ricardo, le estrechó la mano con fatuidad y al fin le abrazó, dándole el nombre de su *hermano querido*.

Por mas que Lenois estuviere acostumbrado á la idea de no tener otra esposa que Carlota, por mas que su imaginacion enferma y fria no se hubiese fijado nunca en otra mujer, sintió una agitacion inspllicable al oír aquel nombre de *hermano* que

tanto le halagaba pero que sin saber por qué le hacia temblar.

Al fin, pensó para tranquilizarse, no la he visto todavía, no escuché aun de sus labios una palabra de amor.

Mas tranquilo ya, ocupó un asiento al lado de Doña Margarita, refiriéndola sus viajes en tanto que llegaba Carlota.

Pero sigamos á esta á su cuarto de tocador.

Sorprendida su romántica imaginacion por un retrato, cuyo original, desconocido para ella, respiraba sin embargo muy cerca de su palacio, interesada en favor de aquel filósofo de amor al que deseaba ardientemente conocer, la repentina llegada de Ricardo la colocaba en una situación embarazosa, en la que no sabia qué era lo que la ofendia ni lo que la halagaba. Al oír el nombre de su joven prometido, sentia una viva curiosidad de conocerle, de admirarle.... casi una necesidad de amarlo, porque aquel era el que decian que la amaba, el que iba á hacerla feliz, el que tal vez habia despreciado por ella las mas bellas mujeres de Europa.

¿Y cómo faltar á todas las consideraciones que le debia faltando á una palabra solemne, palabra que hacia en parte la felicidad de su madre, cuya fortuna amenazaba una ruina lenta, pero segura?

Por otra parte, el conde era una quimera, un ideal, cuya realidad ni se acercaba siquiera á lo posible; su ilustre cuna, sus riquezas, la ignorancia en que al parecer estaba de que ella existiese, todo debia decidirla á arrojar de sí aquella idea nueva, presentándole á Lenois, como el único objeto á donde debian dirigirse sus pensamientos.

A los diez y ocho años la pérdida de una ilusion es una enfermedad, y Carlota se sentia convulsa y aun calenturienta.

Colocada frente al tocador, fija la vista en su propia imagen, permaneció largo rato sin dirigir ninguna orden á sus doncellas, que permanecian en pié guardando silencio. Un ligero movimiento de Paulina la sacó de su enagenamiento, y volviendo la cabeza, la reprendió agriamente por no haberla vestido al instante. Las dos jóvenes, que veian por la primera vez á su joven señorita con el rostro pálido y los ojos brillantes de cólera enmudecieron. Carlota les intimó por segunda vez con altanería la orden de vestirla, y las trémulas criadas le presentaron un vestido de gasa blanca, adornado con guirnalda de flores.

—Ese no! exclamó Carlota arrancándole de manos de Julieta y arrojándole sobre un sillón. ¿Por qué no me has preguntado antes qué traje habia de ponerme hoy?

—Estábais tan distraida, señorita, que me parecia una imprudencia interrumpiros.

—Ah! pobre joven! exclamó Carlota abandonándose á su natural bondad; he sido injusta contigo.... pero vestidme, vestidme al momento.

—¿Y qué vestido llevareis hoy, señorita? preguntaron á un tiempo las dos jóvenes.

—Por Dios, respondió Carlota confusa al ver reflejado en el espejo su rostro hecho un volcan: cualquiera que no sea ese; un vestido blanco formaria

un contraste muy grosero con mi cutis encendido; el de gasa azul será mas elegante.... mas....

Carlota se sintió como avergonzada al recordar que aun llevaba al cuello el cordon de oro con la incendiaria miniatura, y llevó la mano á él como para arrancarle, pero no tan pronto que dejase de cruzarse en los ojos de sus dos doncellas una mirada de inteligencia, que por esta vez solo tuvo por objeto al joven prometido.

A pesar del cuidado que puso en reprimirse, nunca fué Carlota tan insufrible en el tocador; nunca sus pobres doncellas pusieron mas esmero en agradarla; sin embargo, sus afanes eran recibidos con desden, y aun el entendimiento mas torpe comprenderia á primera vista que pasaba alguna cosa notable en el interior de aquella alma tan sensible y romanesca. Esta joven, que Doña Margarita sujetaba mas fácilmente que á una débil mariposa, esa joven tan tímida que temblaba á la sola idea de una reprensión, herida por la primera vez de su vida en lo mas vivo de su alma, y viendo ahogadas todas sus ilusiones por la presencia de un esposo prometido que reclamaba toda su fé, desplegó entonces una energía poco comun, acudió á su orgullo, á su palabra empeñada, y se preparó noblemente á la lucha; habia tomado una resolucion que podia costarle la vida, pero abrazó á dos manos la cruz del sacrificio, con la resignacion y el valor de los primeros mártires.

III.

EL BAILE.

"Tango vos el mi pandero,
Tango vos y pienso en al;
Cuando taño este instrumento
Es con fuerza de tormento,
Por quitar del pensamiento
La memoria de este mal.

"Romancero general."

El salon de baile presentaba un aspecto deslumbrador en el que se notaba el buen gusto y elevadas pretensiones de Doña Margarita, que loca de alegría como todas las madres que tienen hijas casaderas, iba y venia y se multiplicaba para hacer los honores de la fiesta, con su habitual y aristocrático buen tono.

Por mas que estuviese segura de la belleza de su hija y del valor que tenia á los ojos de todos la sin igual modestia y recogimiento de esta hermosa niña, que tan singular contraste formaba con su bulliciosa madre, habia tenido esta el mas delicado tino para abrir de par en par las puertas de su salon á todo lo mas escogido de la nobleza masculina, dejándolas entreabiertas y casi cerradas á las bellezas rusas, siendo las pocas que concurrieron al baile de una hermosura apenas mediana si se exceptúa la condesa Willemina, que deslumbradora con su hermosura mas que con sus espléndidos diamantes, era sin duda alguna la mas hermosa mujer que encerraba Kiof en su recinto.

Solo la supremacia que Willemina ejercia en la

ciudad, y sobre todo los cuantiosos créditos que tenía contra la casa de Cronstad, podían haber determinado á una madre como la de Carlota á invitar á la condesa; pero al fin, pensaba Doña Margarita para sí; Ricardo aunque rico, no se atrevería nunca á levantar los ojos hasta una condesa millonaria, y por cuyas venas corría sangre de príncipes.

Cuando Carlota apareció en el salón, hermosa, elegante y apoyada en el brazo de Teodoro, todas las miradas se fijaron en ella, reina de aquella fiesta improvisada, y hasta la condesa Willemina, despojándose de su habitual orgullo, se levantó para abrazarla como lo hubiera hecho con una hermana, porque como cada uno juzga de las cosas de este mundo como mejor le parece, la condesa creía que entre las bellezas debía existir siempre una simpatía casi fraternal.

Ay! su superioridad en hermosura como en numerario, la habían puesto á cubierto de los celos!

Doña Margarita se adelantó á recibir á Carlota con el corazón palpitante de alegría, pero notó en su rostro una descomposición extraña que se esforzó en vano en explicar, afirmándose mas y mas en que las palabras de Teodoro eran la sola causa de aquella rápida mudanza.

Preocupada con la idea de que Ricardo no la encontrase bastante hermosa, la tomó de la mano y se la presentó, encareciéndole con fatuidad lo mucho que debía influir en el rostro de Carlota la agitación del paseo, y cuanto mas bella parecía siempre con su traje de negligé.

—Oh! señora, le dijo Ricardo deslumbrado; esta señorita es un ángel!

Carlota se puso encendida como una granada.

—Poco á poco, exclamó Teodoro acercándose y abrazándola; este angelito acaba de echarme una reprimenda con toda la acritud de una solterona vieja; y mamá, que como se dice vulgarmente, ve el sol por sus espaldas, se empeña en que su mal humor....

—Bah! necedades! dijo azorada Doña Margarita deshaciéndose en guiños.... venid, venid, Ricardo.

Y apoyándose en el brazo de Lenois se dirigió al sofá, donde indicó á Carlota que tomase asiento.

—Imbéciles! pensó Carlota dominándolos con una mirada llena de dignidad, que hizo callar repentinamente á su madre y hermano.

A poco tiempo despues rompió el wals. Entonces fijó por primera vez los ojos en Ricardo, y ya fuese verdad, ó bien efecto de su mal humor, en aquel momento no encontró en él aquella simpatía de las almas gemelas, aquella mirada que penetra hasta lo recóndito del alma borrando en ella todas las demás imágenes. Sin embargo, los ojos de Lenois eran fríos y azulados como la niebla de las montañas, pero estaban fijos en ella con una adoración inesplicable; sus manos pálidas y enfermizas se estremecían de placer al estrechar la delicada cintura de Carlota en las provocadoras vueltas del agitado wals, y la pobre jóven conmovida con sus amorosas y tímidas espresiones que revelaban un alma novicia y llena de poesía, sintió al

fin hácia él ese amor compasivo, inesplicable, que es á veces tan poderoso como el amor mismo.

La música, el brillo de los trajes y de los diamantes, los perfumes de las flores, las confianzas á media voz, forman siempre una atmósfera favorable para inspirar amor á los corazones románticos y naturalmente apasionados. Carlota fué cediendo poco á poco á la influencia magnética que la dominaba, y concluyó por creer á ciegas, que aquel sentimiento era el amor, y que había juzgado muy á la ligera cuando no encontrara simpatía en su jóven prometido.

Contenta, graciosa, casi feliz, seguía Carlota bailando, entregándose de lleno á todas las ilusiones de su porvenir, cuando al dirigir casualmente la vista al sofá que ocupaba su madre, distinguió á su lado á Nicolás que acababa de presentarle uno de los dos ramos de flores que tenía en la mano.

Carlota sintió que su corazón daba seis golpes por cada respiración y quiso desfallecer, pero se empeñó en seguir bailando.

—Dios mío! exclamó Lenois asustado; qué teneis? os vais sofocando por momentos.... ¿quereis descansar?

—No.... no.... seguid.... no es nada.

—Pero si temblais.... descansad algunos instantes por Dios.

Carlota estaba casi sofocada, y se dejó conducir hasta el sofá que ocupaba su madre, donde se sentó al lado de Nicolás que la miraba con asombro.

—Tomad, niña, dijo ofreciéndola un precioso ramillete de flores naturales.

Carlota no contestó, porque no hallaba palabras que decir; el salón daba vueltas en derredor suyo como un molino de viento.

—Yo creía, pensó para sí la pobre jóven, que había encerrado su recuerdo en mi tocador, pero encerré solo la miniatura.

Las lágrimas se agolpaban sin querer á sus ojos, pero las contuvo haciendo un esfuerzo supremo.

Lenois se había separado un momento para saludar á sus amigos.

La condesa Willemina paseaba entonces por el salón apoyada en el brazo de un gallardo coronel de húsares.

Carlota se esforzó en sonreírse, y empezó á tomar parte en la conversación de su madre con Nicolás.

La condesa Willemina se paró un momento á pocos pasos de Carlota, y fijó sobre ella una mirada casi humillante. Aunque Lenois no fuese lo que se llama un buen mozo, la condesa acababa de experimentar por él uno de esos caprichos de mujer del gran mundo, y su simpatía hácia la belleza se había convertido en odio. Sentía celos.

—Os juro, coronel, dijo con energía, que apuesto una cacería á mis bosques y vereis cuan pronto se dispone la partida.

Carlota herida por aquella mirada, prestaba una atención palpitante á la menor de sus palabras.

—¿Pero no veis que es ya tarde? dijo el coronel señalando con la vista á Carlota, que llena de

rubor no se atrevía á levantar la vista del suelo.

—Bah! soñais.... Tarde para mí? Nunca me habia convencido hasta ahora de que la táctica del amor y la de la guerra estaban en oposicion.

Carlota los siguió con la vista experimentando una sensacion que no podia explicarse. La música volvió entonces á sonar, y la condesa célebre por su hermosura, por sus riquezas, y sobre todo por su desenvoltura, se acercó á Ricardo, le ofreció su mano y le arrebató, por decirlo así, entre los violentos compases de un wals de Straus.

Sorprendido con aquella inesperada invitacion, Ricardo cedió de pronto á la fuerza que lo arrastraba; pero repuesto apenas de su sorpresa, se desprendió cortemente de los brazos de la condesa diciéndole con dulzura:

—Perdonad, señora; yo os agradezco el alto honor que me habeis hecho, pero estoy bastante fatigado.... la llegada.... la....

Colocó á Willemina en un sillón y corrió con entusiasmo á colocarse al lado de Carlota.

—¿Lo habeis visto, vida mia? le dijo con un acento en que se traslucía el amor mas puro.

—Sí, sí, lo he visto; sois mi mejor amigo... mi... querido Ricardo, se apresuró á responder Carlota. Ricardo se levantó; era la primera frase que habia oido de boca de Carlota que pudiese indicar amor; estaba ébrio de gozo, y loco, y feliz, fué á respirar un momento fuera del salón.

Doña Margarita estaba fuera de sí, no cesaba de hacer guiños á Nicolás señalándole á Carlota y de repetir una y mil veces á Teodoro las gracias y perfecciones de Lenois.

—¿Con que al fin le amais? dijo Nicolás á Carlota en voz imperceptible.

—Sí.... le amo!.... le amo; respondió ella con serenidad.

—Ah! replicó el anciano con amargura; si es verdad que os ama y que le amais, cuán feliz sois!

—Le amo, le amo, respondió Carlota sofocando el latido que se levantaba en su corazón.

El baile continuó á pesar de haberse retirado la condesa muy temprano, y Carlota fué en aquella noche temida, la reina del sarao.

Después que se vió sola en su cuarto le pareció que sentia frio, que temia sin saber qué, y concluyó por hincarse de rodillas ante una imagen del Salvador.

Sus manos cruzadas, sus ojos fijos en el Cristo y el movimiento de sus labios, pálidos y casi yertos, simulaban la oracion, pero Carlota no rezaba; su imaginacion se estraviaba hasta el infinito, y volvia siempre al salón que acababa de dejar.

—Dios mio! exclamó al fin, haciendo un esfuerzo sobre sí misma; ¿cómo no amar al que nos ama? ¿cómo hacerle infeliz? Ah! no! le amo! le amo!

IV.

LA PRUEBA.

"She came, she is gone! we have met,
To met perhaps never again,
The sun of that moment is set,
And seems to have raise in vain.

Stances."

"Catherine, is fled like a dream
So vanishes pleasure helas!

Id."

Todos dormian profundamente fatigados por el baile y las agitaciones de la noche anterior; el sol que sigue magestuosamente su curso sin cuidarse de las penas ni de los placeres de nuestro misero globo, se presentó radiante en el horizonte, y cubrió la parte oriental de la ciudad de una claridad vivísima, reflejando sus encendidos rayos sobre las florecillas silvestres que esmaltaban la verde llanura que la rodea por este lado. Abrióse lentamente una pequeña puerta de cenador del palacio de Cronstad, y apareció en el jardín Carlota, blanca, como la muselina de su blanco vestido, triste como un rayo del sol de otoño velado por la niebla.

—¡Guillermo! ¡Guillermo! exclamó dirigiéndose al anciano jardinero que empezaba entonces á trabajar.

Guillermo levantó su pequeña cabeza cubierta de cabellos blancos, y apoyándose en el azadon, se quedó estupefacto al ver delante de sí á su joven señorita, á quien no habia visto nunca tan temprano.

—¡Guillermo! repitió Carlota, poniendo un dedo en la boca; permitidme salir... volveré pronto.

—¿Salir? pero á dónde, si apenas son las cinco?

—A la quinta de Arcelia... el camino es corto.... ¡Oh! No sabeis el placer que me causaria este paseo!....

—Señorita, ya conoceis mi fidelidad á toda prueba, y bien sabe Dios que cada lágrima vuestra me cuesta una hora de tristeza; pero dejáros ir así... sola... bien veo que el camino es corto, pero guia á mal paraje.

—¿Qué quereis decir, buen Guillermo?

—Quiero decir, que cuando la señora, que Dios guarde, echa el ojo á alguna persona no será sin motivo, y que precisamente me ha encargado evite por cualquier medio que veais á la señorita Arcelia.

—¡Ah! es que mamá quiere ser infalible como el papa... no sé por qué ha concebido un odio casi feroz contra la pobre Arcelia... ¡que me ama tanto!

—Sí, sí... ¿porque os hace carinitos y os besa como un Júdas, os ama?... vamos... una joven hermosa y casi pobre amar á otra hermosa tambien y rica.... ¡Cuento! ¡cuento!

—¿Pero es posible que mi madre os haya encargado que no me dejeis salir? replicó Carlota bastante picada. ¿Acaso estoy aquí prisionera?

—Os digo señorita que no ireis, respondió Guillermo con la durezza de un criado antiguo que muere fiel á su consigna.

—¡Sois bien cruel! murmuró Carlota con voz entrecortada por los sollozos. Arcelia se levanta antes de salir el sol... ¡Sería yo tan feliz con abrazarla!... y vos vais á privarme de este placer, á mí que no tengo un amigo!...

Guillermo la miró con un sentimiento casi paternal, y enjugó con el dorso de su mano dos lágrimas que rodaban por sus mejillas llenas de surcos.

—Qué diablo! dijo al fin enternecido. Yo no soy mas que un criado que nada puede hacer... dentro de pocos días sereis ya dueña de vuestras acciones, sin que los criados se opongan á vuestros deseos!...

—¡Dueña de mis acciones! repetía Carlota maquinalmente: ¡dueña de mis acciones, cuando voy á perder mi libertad! mi querida independencia! Nó, nó!... Por Dios, buen Guillermo, dejadme salir: yo os juro que volveré antes que mamá se haya levantado... yo soy una débil enredadera que necesita el arrimo del cedro... Este matrimonio es para mí la felicidad... pero dejadme partir... me quedan tan pocos instantes que consagrar á la amistad de Arcelia... por Dios! por Dios!

Cruzó las manos y dirigió al anciano jardinero una mirada tan encantadora, que el pobre hombre sacó de su bolsillo una llave, y dijo por toda respuesta:

—Vuestra palabra, señorita. Volvereis pronto?

—Os prometo que estaré aquí á las nueve.

El anciano le entregó la llave, con la que abrió Carlota la puerta secreta y salió corriendo por la alegre campiña, jugueteando como una niña con su blanco falderito, que parecía un copo de nieve sobre una rica alfombra de raso verde.

El sol daba á las gotas de rocío todos los colores del prisma; pero Carlota lo veía todo oscuro y triste como su alma.

El sol iluminaba la campiña con ese reflejo matutino que ningún pincel supo reproducir, ni lira alguna supo cantar.

Carlota lo veía todo al través de una niebla densa y pesada como la que envuelve la tierra en la hora del crepúsculo.

Después de haber andado algun tiempo, se detuvo como para coordinar sus ideas.

—¿Por qué me agito? se preguntaba á sí misma la pobre niña. ¿No sigo sin replicar el camino que el cielo me presenta?

Y á la verdad Carlota seguía firme en su resolución con el juicio de una persona de cincuenta años.

Pobre Carlota!

Seguía sola el camino de la quinta, ora derramando lágrimas que devoraban su alma, ora cediendo á su carácter infantil corría como una loquilla en pos de Bristol, llenándole de mimos y caricias.

Quería, sí, deshacerse de la peligrosa miniatura devolviéndola á Nicolás aquella misma tarde pero antes ¡le parecía tan dulce confiar á su amiga todas

las penas que la agitaban desde la tarde anterior! Era tan pura y desinteresada la amistad que las unía! ¿A quién mejor que á Arcelia podría ella referir todas las sensaciones de su alma, cuando Arcelia era el drama personificado? ¡Cuánto se complacía en pensar que iba á referir todos los pormenores de aquella pasión efímera que ellas habían forjado tantas veces en su imaginación!...

Arcelia d'Straus era una de esas jóvenes románticas que van desapareciendo rápidamente de la escena, tipos hermosos sin duda alguna, por mas que digan los detractores del sentimentalismo, y que, reflejando los caballerosos rasgos de la edad media conservaba en aquellos frígidos países el fuego sagrado de la poesía en toda su pureza.

Hija de un antiguo militar del imperio, orgullosa por nacimiento y por carácter, Arcelia prefería una vida de señorita pobre en el campo á la oscura medianía que hubiera ocupado en la ciudad.

Hija de un padre viudo y descuidado, Arcelia dejaba á su anciana sierva el cuidado de los quehaceres domésticos, y pasaba su vida dedicada al estudio de la música y de la poesía.

Célebre por su acierto en el ejercicio de la caza, ágil para sujetar un corcel como el mas gallardo montero, la romántica joven había visto frecuentada su quinta por todos los cazadores, por todos los *Sport man* que habitaban en las cercanías de Kiof.

Entregada casi totalmente á sus ejercicios de caza, robustecida con ellos por decirlo así, Arcelia sin dejar de ser hermosa tenía cierto aire masculino que la ponía completamente á cubierto del peligro.

Todos sus amigos la apreciaban, todos admiraban su vivacidad, su fecunda imaginación, y sobre todo su intrepidez y gallardía que dejaban muy atrás á la mayor parte de sus admiradores; pero Arcelia para hermanarse mas con sus amigos había contraído el vicio de fumar, vicio de que casi siempre se jactaba, y una mujer que fuma puede inspirar la mas perfecta amistad, pero se parece demasiado al hombre para inspirarle amor.

Por desgracia la terrible amazona que se creía insensible, concibió sin saber como una pasión violenta hacia uno de los cazadores que frecuentaban el parque, y que solo demostraba por su apasionada admiradora una indiferente y superficial amistad.

Aquel joven era hermoso, noble y rico á la vez, y Arcelia obligada á ocultar un amor solitario que la consumía, se sintió poseída de una melancolía devoradora cuya causa nadie pudo presumir ni menos adivinar.

Ni una queja se escapó de sus labios, ni un gemido de su pecho varonil, pero sus tiros eran menos certeros, su rostro menos enérgico y su poesía mas tierna y apasionada, no cantaba ya los héroes de la edad media, ni los laureles de la gran Catalina, que había sido hasta entonces su heroína predilecta.

Unida por los lazos de una antigua amistad las familias de Cronstadt y Straus proseguían aunque

con tibieza dos jóvenes de esas a como la v

Pero au dulce de l ambas n va, fuerte pezo á te minase al

A med Cronstad amistosa cada día sencia log

Entonc joven Str y las dos radas sin de su sag

He aqu tusiasmo sionada, l to hacia l manifesta

El sol lle, estend to de oro mante en go en las braduras

Los lab pos, entor semi-bárba

Carlota robustos trabajo d das que e das vaqui barie, su encadena

A pesa ca le pare medida q una alegr su seno la un solo in

Cuanto nes del co cion de al siedad la dulce báls á quedar

Cerca y maron, p lerando el internó en de esta sa

Dirigió quecillo y blandame

con tibieza sus tradicionales relaciones, pero las dos jóvenes habían contraído desde la niñez una de esas amistades que las mas veces duran tanto como la vida.

Pero aunque tan íntimamente ligadas por el mas dulce de los afectos, el contraste que existía entre ambas no podía ser mas visible. Arcelia era alta, fuerte, atrevida hasta la osadía; Carlota dulce, débil, tímida como un niño, y Doña Margarita empezó á temer que el carácter de su hija se contaminase al contacto de la valiente amazona.

A medida que Arcelia se distinguía, la señora de Cronstadt empezó á poner obstáculos á la relacion amistosa de las dos niñas, pero Carlota adoraba cada dia mas en su amiga, y ni el tiempo ni la ausencia lograban entibiar el afecto que las unía.

Entonces la señora Cronstadt concibió hacia la joven Straus un odio tan feroz como inmotivado, y las dos amigas se vieron por largo tiempo separadas sin que les fuese posible burlar la vigilancia de su sagaz perseguidora.

He aquí por qué Carlota caminaba con tanto entusiasmo hacia la quinta. Tan hermosa como apasionada, los obstáculos habían aumentado su afecto hacia la pobre joven que en realidad le había manifestado siempre el mas acendrado cariño.

El sol rayaba ya en los puntos mas altos del valle, estendiendo por la falda de las colinas su manto de oro salpicado de flores y mintiendo un diamante en cada chispa de cristal, y arroyos de fuego en las betas de cuarzo que salpicaban las quebraduras de las rocas.

Los labradores empezaban á aparecer en los campos, entonando alegres las canciones nacionales y semi-bárbaras con que amenizaban sus trabajos.

Carlota los miraba con envidia: aquellos hombres, robustos y envejecidos prematuramente por un trabajo desmedido; aquellas mujeres medio desnudas que comían un pan negro al pie de sus pintadas vaquitas. ¡Cuán felices le parecían con su barbarie, su desnudez y su libertad salvaje, que jamás encadenaba el corazón!

A pesar de la velocidad con que caminaba, nunca le pareció tan largo el camino de la quinta. A medida que se acercaba sentía su corazón latir con una alegría melancólica, y mas de una vez sacó de su seno la hermosa miniatura para contemplarla un solo instante antes de perderla para siempre.

Cuanto mas bellas se le presentaban las facciones del conde, tanto mas noble le parecía la acción de alejarle de su memoria, y esperaba con ansiedad la vista de Arcelia para que aliviase con el dulce bálsamo de la amistad las heridas que iban á quedar abiertas en su agitado corazón.

Cerca ya del bosque oyó algunos tiros que la alarmaron, pues era tímida como una cervatilla, y acelerando el paso atravesó el pequeño puente, y se internó en el bosquecillo favorito de Arcelia, donde esta salía siempre á paseo al rayar el alba.

Dirigió Carlota una mirada al interior del bosquecillo y nada vió: la brisa de la mañana agitaba blandamente las hojas de los árboles, produciendo

un ruido semejante al vuelo de una banda de golondrinas.

Al verse sola en un parage tan retirado, empezó á temblar, sus rodillas se doblaban, tenía miedo, y tal vez con sus temores de niña hubiera echado á llorar cuando la sorprendió dulcemente la hermosa voz de Arcelia, que cantaba acompañándose con un laud.

"La bella esposa de Titon levanta su cándida cabeza de las blancas espumas del océano, pero el cazador del bosque la ha precedido.

"Al primer rayo del sol brillan los dorados arneses de su blanco corcel, fatigado ya de correr por los valles y las colinas.

"La luz forma caprichosos reflejos en la verde y rica esmeralda que sujeta las negras plumas de su sombrero.... ¡Salud, salud al cazador del bosque!"

Carlota dió algunos pasos, y distinguió á Arcelia sentada al pie de una fuente, que convertida despues en arroyo serpenteaba entre los árboles.

Carlota creyó ver en ella una de las cantoras de la antigüedad: su frente parecía inspirada por el genio, y había en sus ojos desmesuradamente abiertos una llama que fascinaba.

Repuesta ya de su temor, amante de las sorpresas, Carlota se ocultó entre el follaje y prestó atento oído á la canción de Arcelia que prosiguió:

"La bellorita silvestre ostenta sus hojas estrelladas al primer rayo matutino. El cazador del bosque es mas bello aun; los bucles que caen en desorden sobre su frente son mas negros y brillantes que el ébano; sus verdes botines están cubiertos de alamares de oro, donde miente la luz mil formas caprichosas.... su corazón es ardiente como el Etna! ¡Salud, salud al cazador del bosque!"

Carlota que no perdía una palabra de la canción de su amiga, empezó á sentir una inquietud que en vano trataba de explicarse. Aquella canción, lejos de ser una idea vulgar y sin objeto, parecía estar encaminada á un ser, á una realidad hermosa. ¡Pareciase tanto á la voz del alma cuando piensa y habla sola!

Carlota sentía un mal estar que se aumentaba por momentos é iba ya á precipitarse en brazos de su amiga, cuando esta se puso en pie, tomó su laud y cantó á media voz fijando en las aguas del arroyo una mirada vaga y llena de amor.

"El vuelo de la golondrina que bate sus alas en los cristales de mi ventana produce en mí una sensación dulce, que hace cerrar mis párpados; todos mis ensueños se alimentan con la llama que consume mi alma. ¡Salud, salud al cazador del bosque!"

"Las aguas del arroyo que corre á mis piés, los perfumes de las flores, el canto de las aves, todo lo que me rodea, murmura con esa voz que Dios ha dado á la naturaleza para espresar el amor. ¡Salud, salud al cazador del bosque!"

Y Arcelia echó á andar lentamente hacia la quinta, fijando en el horizonte su mirada vaga y perdida.

Carlota corrió hacia ella y se arrojó en sus brazos; sentía una congoja que la ahogaba, y no pu-

diendo espresar el objeto de aquella visita desusada, empezó á llorar.

Al verse sorprendida arrojó Arcelia un grito asustadizo, y abrazó á Carlota con cierta espresion de reserva, que aquella no echó de ver á causa de su agitacion.

Sin embargo, al cabo de algunos instantes la pobre niña no pudo menos de estrañar que Arcelia, cuyo semblante agitado revelaba alguna emocion fuerte, no le preguntase siquiera la causa de sus lágrimas.

—Dios mío! exclamó con acento de dulce reconcion. ¡Si habré tenido la desgracia de perder tu amor!... No he podido venir, tú lo sabes; pero te amo tanto! tanto! Yo venia... yo creia... Ah! hoy necesito mas que nunca de tu cariño. Oyeme, Arcelia, oyeme!

—Carlota! respondió Arcelia procurando reprimir su inquietud: sí, yo te amo, te amo, pero estaba así... sola... y mi alma padece... ¿Pero olvidarte yo? Ah! no... sentémonos aquí... Yo no puedo adivinar el motivo de esta visita inesperada... Cómo vienes así? sola...

Carlota callaba retenida por un vago temor.

—Callas? ¿ha roto ya tu corazon los lazos que le unian al mío? ¿Y eres tú la que me acusa de injusta? Habla, habla, mi cariño no puede soportar la duda.

Carlota la estrechó contra su corazon, y le refirió en pocas palabras su aventura con Nicolás, su romántico amor al conde, la llegada de Lenois y su firme resolucion de alejar de sí la peligrosa miniatura que tanto inflamara su apasionado corazon.

Arcelia callaba; pero su semblante habia sufrido una terrible revolucion; en sus ojos hinchados por la cólera, en sus miradas envenenadas y en el temblor mal contenido que agitaba sus miembros, hubiérase conocido fácilmente el mágico efecto de los celos.

Carlota que confusa y avergonzada por la revelacion que acababa de hacer, permanecía cabizbaja; fijos los ojos en el arroyo que corria mansamente á sus piés, vió con admiracion retratada en el puro cristal de las aguas la súbita alteracion del rostro de Arcelia.

Aquella alma pura y sin doblez, quiso en vano explicarse la causa de una mudanza tan repentina, y no sabiendo á qué atribuir su silencio, la abrazó con ternura, suplicándola le prestase su apoyo para seguir con firmeza el espinoso camino del deber.

—Ah! exclamó Arcelia furibunda, rechazando involuntariamente á Carlota. ¡El conde de Kiof!... nunca!... te desprecia!...

Carlota asustada empezó á temblar.

—Escucha!... prosiguió Arcelia con frenesí; escucha! tú le amas!... le amas!...

Y lanzaba sobre Carlota sus miradas amenazadoras, que la fascinaban como la mirada de la serpiente.

(Se continuará.)

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

LOS CAFÉS.

Progresamos, adelantamos, ¿quién lo duda? ¿Habrá quien se atreva á poner en parangon las antiguas botillerías con los modernos cafés? ¿Qué valen la aloja, el agraz ni la leche amerengada al lado de un barquillo relleno de fresa ó de un quesito helado de Chantilly? ¿Qué comparacion admiten las mesas de pino, los bancos cojos, las paredes ahumadas y los faroles de reverbero de la subterránea botillería de Canosa con las mesitas de mármol, los blandos taburetes, los espejos, elegante empapelado y lámparas de gas del Suizo ó de la Iberia?

Nada hay en el mundo mas sintético, mas enciclopédico, mas omnibus que un café donde se come, se bebe frio y caliente, se juega, se lee, se oye música, se charla y sobre todo se mata el tiempo. Matar el tiempo! hacer tiempo! hé aquí dos ocupaciones sabrosísimas para todo buen español que siente correr por sus venas la sangre de los voluptuosos árabes ó de los ya afeminados hijos del rey Wamba.

Time is money, el tiempo es dinero, dicen los ingleses que siempre están pensando en lo mismo, es decir, en las cuestiones de la bolsa; no así nosotros, gente orgullosa y soberbia que miramos las cosas bajo otro punto de vista mas material, y tenemos al tiempo en menos valor que á una pieza de dos cuartos.

El tiempo es el sol, dicen los habitantes de los barrios bajos que salen á las paredes de la ronda á hacer compañía al sol mientras da su paseo diario por encima de la corte.

El tiempo es la cama, bosteza la inmensa falange de trasnuchadores, cursantes de bailes y sectarios de garitos, cuando las campanas de las parroquias anuncian el medio dia.

El tiempo es la música, tararean los aficionados á las corcheas y semifusas gratis, edecanes de las bandas de música de los regimientos, y los papamoscas de plazuela, admiradores de la literatura ciega, es decir, de los ciegos rascadores de guitarra, Homeros y Virgilios á oscuras que romancean las proezas del guapo Francisco Estéban ó de Josefita Ramirez.

Por supuesto que esto de hacer tiempo es una ironía, un *contraria contrariis* alopático, un *al revés te lo digo para que me entiendas*, un contrasentido tan de marca mayor y tan de bulto como el llamar pelon al que no tiene pelo y rabon al animal que carece de rabo.

Aquí hacer es sinónimo de no hacer, se hace tiempo como se suelen hacer economías, reformas y mejoras, es decir, dejando las cosas como estaban ó peor si á mano viene.

Está probado que en España los dias son mas largos que en lo restante del globo, lo cual unido á nuestra fabulosa aficion al trabajo y á nuestra nunca bien ponderada prontitud para dar cima á

cualquier y cuatro mas de superab leyendo las uñas ra de su cante, de la es cuarto ó miran

¿Qué los al d ¿Y cuán los dede romana sobrada matar e gun cos de los p pocillo dulce, que soli el cuart modo su macal, c nioso de que llan

Y aq ros com declaran del uni en sabr do á no Charles matan mesa de

Los ler, han confianz gila ó aproxim murmur miento nario de chacha, fastidios

Los noche e nia dos edad.

Quizé egoista nura pa palabra, to, es d

Un e una estu sa y sofí res; allí tes, mu hombre etc., etc

cualquiera empresa, es causa de que de las veinte y cuatro horas siempre en suma total nos quede mas de la tercera parte de plus de descanso; una superabundancia de tiempo que el barbero mata leyendo Las Novedades, el oficinista limpiándose las uñas con el cortaplumas ó haciendo la caricatura de su jefe, el cochero roncando sobre el pescante, la jovenzuela telegrafando con su amante de la esquina, el autor dramático fumando en el cuarto de las actrices, y el estudiante en la parada ó mirando los escaparates de las tiendas.

¿Qué alegron no hubieran tenido nuestros abuelos al descubrir este nuevo perdedero de tiempo? ¿Y cuánto no se hubieran chupado y rechupado los dedos despues de un rico vaso de ponche á la romana ó de un delicioso biscuit? Verdad es que sobradamente cucos, sabian irse á la tardecita á matar el tiempo á casa de algun amigo, donde segun costumbre tradicional, se servia á cada uno de los presentes un vaso de agua con azucarillo, un pocillo de chocolate con bizcochos y una tacita de dulce, con gran contento de mas de un gastrónomo que solia repetir la misma funcion masticatoria en el cuarto de al lado; pero aparte de ser este un modo sumamente espuesto á una bancarota estomacal, carecia del tinte republicano y anti-ceremonioso de esos focos de animacion y de chismografía que llamamos cafés.

Y aquí cúmplenos á fuer de españoles, caballeros como pocos y amantes de faldas cual ninguno, declarar á son de trompa y de clarín ante la faz del universo, que las mujeres podrán hacer tiempo en sabrosa contemplacion delante del espejo, yendo á novenas ó misiones ó espulgando á sus *King Charles*; pero nunca (salvas raras escepciones) lo matan delante de una botella de cerveza ó de una mesa de billar.

Los cafés, que mas de una niña mandaria demoler, han dado el golpe de gracia á las tertulias de confianza en que se jugaba á la lotería, á la peregrila ó á la mona, han hecho que los hombres, aproximándose mas, encuentren mayor placer en murmurar, mentir y votar á sus anchas sin miramiento de ningun género, que en apurar el diccionario de galanterías y piropos al lado de una muchacha, ó en sostener una conversacion insulsa y fastidiosa con las señoras mayores.

"Los hombres se van acanallando," decia la otra noche en una tertulia una soltera jubilada que tenia dos duros y medio y algunos céntimos de edad.

Quizá tenga razon la buena señora. El sexo feo, egoista como él solo, huyendo de la estremada finura para con las damas, del quiotismo en una palabra, suele caer á menudo en el extremo opuesto, es decir, en la grosería y poca delicadeza.

Un café, sobre todo de noche, es un invernáculo, una estufa donde en medio de una atmósfera densa y sofocante se ven infinidad de plantas y de flores; allí están los hombres *alcachofas*, léase *pedantes*, muchas palabras y ningun meollo; allí los hombres *enredaderas*, mineros, bolsistas, agentes, etc., etc., que enredan en sus lazos á los incautos

hijos de Eva; allí las fastidiosas ortigas, vulgo pollos, que solo sirven para estorbar y desgarrar honras ajenas; allí los girasoles políticos que convergen hácia el sol que mas calienta; y allí, por fin, se encuentran varias otras flores y plantas desconocidas en la Flora botánica.

Mirad: ¿veis aquella mesa que rodean un caballero, una señora, dos niños, una jovenzuela y una al parecer doncella? Pues es la familia en masa de don Hipólito, honrado comerciante de la calle de Postas, que como dia de fiesta, ha sacado su gente á paseo, y por via de merienda les convida á la botillería. ¡Qué fisonomías tan placenteras! ¡Qué miradas tan significativas dirigen hácia el mostrador desde donde debe partir el tren de leche amerengada y bizcochos que ya los tiene con la boca hecha agua! Todos se aprestan para el asalto. La jovencita se descalza los guantes, los niños se ponen de rodillas sobre sus asientos para poder maniobrar con mas desembarazo, don Hipólito sacude con el pañuelo y sopla las migas que á despecho del paño del mozo quedaron sobre la mesa; su consorte se ocupa en indagar la profundidad de sus faltriqueras para llenarlas á su tiempo con los restos del festin, y la criada, que solo de higos á brevas se encuentra en tales gaudeamus, arrima la silla cuanto puede al centro de las operaciones.

—Ya viene, ya viene, gritan nuestros pequeños adalides con mas fervor y entusiasmo que los compañeros de Colon al esclamar "tierra, tierra," al divisar en lontananza al mozo portador del anhelado refresco.

Apenas dejan al mozo que asiente la bandeja sobre la mesa; cada cual se apodera del vaso que tiene mas á tiro de mano y ceba en él su *ira canina*, cucharilla en mano y bizcocho en ristre.

—Qué bueno está! masculla uno de los chiquitines sin dar tregua al trabajo de ariete contra la mole de leche amerengada que casi toca con las narices.

—Muy bueno, sí, repite el hermanito.

—Sí que está bueno, corrobora D. Hipólito.

—Bueno está, añade su esposa.

—Está muy bueno, concluye la jóven.

—Ay qué rico! posdata de la criada.

Y la obra de destruccion va aumentando por minutos. Las cucharillas puestas en continuo movimiento y reforzadas con varios pelotones de bizcochos y barquillos, van desmoronando aquellas gigantescas moles y abriendo ancha brecha en sus amerengados muros; el ardor de los sitiadores no desmaya un momento, y solo despues de haber arrasado completamente el interior de la plaza, y dejado solo el casco y de haber lameteado bien la cuchara, como si dijéramos, dado lustre á las armas empañadas y lamídose los labios, se dan los mas de ellos por complacidos y satisfechos.

—Papá, pregunta uno de los pequeños Cides, ¿no es verdad que esto no nos quita el cenar?

—No, hijo mio, contesta el padre del gastrónomo, el guisado y la ensalada no se han de quedar para el gato.

Los cólicos cerrados de Madrid tienen cierta ce-

lebridad entre los médicos, enterradores y demás gente de *in extremis*, debida á las calaveradas estomacales de los que profesan y practican las doctrinas de D. Hipólito.

—Mozo! mozo! grita el pollo Angelito, que está en la mesa próxima con otros cuatro amigos.

—Señorito, qué manda V.? responde uno de los gritados.

—Pedid vosotros, dice Angelito dirigiéndose á sus camaradas. Por supuesto que á la inglesa, cada uno paga lo suyo.

—Yo no quiero nada; acabo de comer ahora mismo, anuncia uno de ellos.

—Ni yo, prosigue otro; tengo el estómago malo.

—Ni yo, he refrescado hace muy poco.

—Señores, yo pienso ir á un baile donde habrá ambigü, y quiero reservarme para entonces.

—Supuesto que ninguno tomáis nada, no quiero singularizarme, y por lo tanto me contentaré con un rato de parleta con vosotros. Mozo, continúa Angelito, ya le volveremos á llamar á V. cuando le necesitemos.

—¿Cuánto va á que entre los cinco compadres no reunen el valor de una peseta?

—Señores, participo á Vds. que he tronado con Luisa; es muy tonta, muy coquetuela. La he abandonado, dice uno de los del quinteto.

—Hombre, de veras? Pues según malas lenguas ella es la que te ha dado unas soberanías calabazas.

—Mienten; ¡pues en gracia de Dios me ha dado la niña pocas pruebas de cariño! si yo fuera á contar....

Probablemente lo mas que le habrá dado, si la muchacha tiene bien puesto su pabellon y el pollo se ha desmandado, habrá sido algun sonoro y oportuno bofetón.

—Quién se viene al teatro? pregunta otro de los de la camada.

—Es funcion tuya?

—No.

—Cuándo se echa tu drama?

—No sé: se lo entregué á Romea, y supongo que le habrá gustado.

—Ojalá supongas bien.

—Cómo se titula?

—*Un ángel en el lodo*.

—Comedia de circunstancias?

—Cá, hombre.

—Digo, hace quince días que no cesa de llover, conque en punto á lodos....

—Si empiezas de burlas.

—Retiro la palabra *lodos* si es que ha manchado tu comedia.

—Me parece que yo voy á ser el que me retire si continuas con esas chanzonetas.

—No, *ángel mio*, quédate y espícanos el argumento de tu drama.

—Sí, sí, cuéntanoslo, repitieron todos en coro.

—Ha de ser con la condicion de que no me interrumpais con impertinentes comentarios.

—Concedido.

—La protagonista de mi drama es una joven

virtuosa, pero de baja esfera, que arrastrada por su pasion violenta á un grande de España que la desprecia, se lanza á la vida de los placeres y del crimen para subir....

—¿A qué, al cadalso?

—Pero, hombre...

—No es comentario, es pregunta.

—Para subir, repito, á la cumbre de las riquezas. La escena en que *Camelia* sacrifica su buen nombre y su reputacion en aras de su acendrado cariño, vá á arrebatar.

—¿Y en qué acaba, muere tísica como la Dama de las Camelias, ó has inventado algun nuevo género de muerte, y haces que salga de este mundo tu *Camelia* con el baile de san Vito, ó con un ataque de perlesía?

—No, muere de gozo al ver que puede ya casarse con el hombre que ama.

—Vamos, muere como el perro de Ulises cuando vió á su amo de vuelta de sus viajes.

—¡Eso es ya un insulto, y espero que me des una satisfaccion!

—Yo la daré por ese caballero, interrumpió un hombre ya entrado en años, que en traje y maneras demostraba ser una persona de educacion y noble alcurnia, y que se acababa de desocupar en la mesa inmediata su vaso de café con leche. Ya me es imposible retener por mas tiempo el enojo que en mí ha despertado ese señor poeta con la relacion del argumento de su comedia.

Si las empresas de los teatros no quieren ver desiertas las localidades de sus coliseos, absténganse de poner en escena esos panegíricos inmorales de *ángeles* por ironía, que son el oprobio de su sexo y el cáncer de las sociedades modernas, y no olviden que aun hay mujeres honradas que sienten subir el rubor á su frente al presenciar sobre las tablas las aventuras de semejantes heroínas.

—Caballero, con qué derecho?...

—Con el derecho del sentido comun y de la moralidad ofendida, que mandan se cante la cartilla á los niños que con la leche en los labios se quieren subir á mayores. Agur amigo.

—Si no fuera porque su edad....

—A otra cosa, al que quiera le presento en casa de la duquesa del Fresno, dijo el que, según recordarán mis lectores, se habia reservado para el ambigü.

—¿Qué chicas van?

—La Luisa, la Emilia, la Julia; de esta si que no podreis decir nada.

—¿Cómo que nada? Friolera.

—Cuenta, cuenta; ¿conque tambien tiene historia?

—¡Huy!

Este ¡huy! es de gran efecto; verdad es que por querer decir mucho no dice nada; pero en cambio es muy elástico y da materia para forjar cuantos embustes se quieran.

¿De qué hablarán aquellos tres caballeros al parecer, de edad avanzada, que van poco á poco desocupando los respectivos pocillos de hirviendo chocolate?

—Des-
cestial,
bio remo-

—Tie-
aquellos
nil....

Huy-
lados ó

—El
oigo grit-

—Bue-
bles... oi-

—Per-
—Mo-

calabaza
¡Qué

ta ejecut-
duo "Inf-

Entre-
dos á los

petable m-
les, grac-

del asien-
las voces

—¡Ho-
ra de la

calle se e-
al sentir

bolsillo d-
—Call-

del brazo
vez de e-

do al pis-
—Eh!

los guar-
—Bie-

—Pue-
nes tend-

Punto
Ya el

nos van
zos van a

esteriorn-
—Eh!

aquí.
Detrás

voz alta.
—Ma-

—A la
—¿Sit-

—Det-
Ah! ya

campestr-
Las de

—¡Que
cándalo e-

gar pater-
—Bue-

quiere.
Ra

—Desengáñese V., todo lo del día es farsa, música celestial, dice uno de ellos engulléndose un soberbio remojo.

—Tiene V. razón, amigo mío, ¡qué tiempos aquellos los nuestros, cuando no había cesantes ni!....

Huyamos, huyamos, esos son solterones, jubilados ó cesantes ó politicones del antiguo régimen.

—El pueblo.... la conciencia.... los principios.... oigo gritar por un lado.

—Buen filón.... al 3 por 100.... acciones cotizables... oigo que dicen por otro.

—Periodistas.... escritores.... literatura....

—Mozo, un arlequin de todas frutas.... dulce de calabaza.... dos raciones de jamón en dulce....

¡Qué algarabía! ¡qué despropósitos! Y el pianista ejecuta entre tanto unas variaciones sobre el dúo "Infelice, veneno has bebido" de la *Lucrecia*.

Entremos en el juego de billar. Los aficionados á los palos y á las carambolas tienen un respetable número de espectadores, alguno de los cuales, gracias á lo abrigado del sitio y á lo cómodo del asiento, suele acompañar con sus ronquidos á las voces de los que juegan y del mozo que cuenta.

—¡Hola, hola! en ese cuarto de la derecha se tira de la oreja á Jorge; ¡ah! cuántos al salir á la calle se tirarán de las suyas de cólera y de rabia al sentir que ha disminuido el peso específico del bolsillo de su chaleco!

—Calle! esa niña y ese joven que van agarrados del brazo, se han desorientado por fuerza, y en vez de entrar en la planta baja del café, han subido al piso principal.

—Eh! caballero, señora, el café está abajo, yo los guiaré á Vds. si gustan; van Vds. mal por ahí.

—Bien van, bien van, señorito.

—Pues señor, cuando el mozo lo dice, sus razones tendrá.

Punto y aparte.

Ya el bullicio va disminuyendo; los parroquianos van unos tras otros saliendo del café; los mozos van apagando las lámparas, y pronto, al menos esteriormente, quedará todo en silencio y reposo.

—Eh! mozo, no cierre V. que aun estoy yo aquí.

Detrás de mí salen varios jóvenes hablando en voz alta.

—Mañana.

—A las diez,

—¿Sitio?

—Detrás de la Fuente Castellana.

Ah! ya comprendo: van á almorzar á la fonda campestre.

Las doce y media y sereno.

—¡Qué horror! para un hijo de familias es un escándalo el encontrarse á estas horas fuera del hogar paterno.

—Buenas noches, señores, hasta mañana si Dios quiere.

RAFAEL GARCIA Y SANTISTEBAN.

APOLOGIA DE LA MUJER.

(FRAGMENTO).

"Dios ha dado á los hombres el amor del ruido y de la gloria; las virtudes brillantes, las sensibles concepciones del genio; la guerras con sus palmas triunfales; la ambición con su poderoso atractivo y sus brillantes esperanzas; y á las mujeres en el tranquilo y santo recogimiento del hogar doméstico, ¡cuántas virtudes les ha destinado! virtudes ocultas y modestas, suaves flores abiertas á los ojos de Dios y cuyo tímido rayo esparce á lo lejos alegría, felicidad y sublime grandeza.

¿Quién negará todos los tesoros de ternura, de desinterés, de fuerza moral que encierra el corazón de una mujer, ya sea esposa ó madre, hija ó hermana? ¿Quién podrá negar la dulce influencia que ejerce sobre los que la rodean, influencia toda de amor y persuasión, que no se impone, que no se solicita, que es ignorada y que se escapa del corazón y del alma?

La influencia de la mujer es una verdad tan incontestable, que escribir su historia es escribir la historia entera del pueblo en que vivió: así, pues, tal es el ascendiente de esa mezcla de debilidad nativa y de grandeza de alma, de timidez y de poética exaltación, de dulzura y de poder de amor, que esa mitad del género humano, que á primera vista parece haber destinado la naturaleza á la dependencia y á la sujeción, domina al contrario á la otra mitad cuando se trata de inspirarle las heroicas virtudes de que tanto se orgullece el hombre.

"Toda nuestra esperanza, la de la Francia, la del mundo entero, decía un orador cristiano, descansa en la mujer! ¡Dénos Dios muchas madres cristianas, y nos hemos salvado!"

La mujer fué la primera que faltó en el día del peligro; suya fué la iniciativa en la desobediencia; ella es el primer escalon roto en la vía que nos llevaba á Dios; era justo que sufriese la mayor parte del castigo: así la vemos desde Eva hasta María, desde el Paraíso hasta el portal de Belén, esclava del hombre mas bien que su compañera; sobre ella cayeron las fatigas, las labores pesadas, los trabajos vulgares; no parece sino que el hombre, rey de la creación, la niega el derecho de pensar y de vivir intelectualmente.

Algunas veces, y con largos intervalos, una mujer, brillante meteoro, protesta con su genio y su gloria contra esta degradación; y es porque Dios acordándose de que una mujer será su madre, no quiere permitir que ante ella estén todas humilladas; quiere que lo mismo que en cada siglo de lo pasado, pueda el porvenir encontrar la figura de su vida divina, quiere que en la serie de los tiempos se encuentre también representada anteriormente la de María.

En el seno de la tranquila felicidad de los patriarcas, nos hace admirar el perfil tan puro de la dulce Raquel, el de Rebeca, dibujado con mas fir-

meza, y cuando quiere hacer sentir mejor el poder de su brazo protector, suscita á Débora y á Judit.

A la Grecia pagana da las mujeres sencillas y hermosas, encorvadas al yugo de sus esposos, secuestradas del mundo, dividiendo su amor entre la familia y la patria, educando á sus hijos en ese doble afecto y sabiendo formar ciudadanos y padres.

Después, su esfera se ensancha de repente, y abandonan con temeroso paso el silencio de su soledad: reclaman su parte en los placeres y el ruido mundanal, en los goces del lujo, y como les falta lo que constituye la fuerza y el escudo de la mujer, el conocimiento y el amor de la verdad eterna, acontece que de envanecidas no pueden luchar contra las seducciones que las rodean. Altéranse sus costumbres, y los principios que inculcan á su familia son menos austeros y mas fáciles. La corrupción, y con ella la decadencia, se ocultan detrás de los esplendores de la riqueza.

El cristianismo proporcionará á la mujer honra, dignidad é influencia, y en cambio la mujer dará al cristianismo todo el poder de su desinterés. Abrasada en el sagrado fuego de la caridad y el proselitismo, se la verá por todas partes dividir con los ministros de la nueva religion los cuidados sublimes del apostolado. ¿Qué nacion, qué familia no tuvo el nombre de una mujer heredado en la historia de su conversion?

En el campo no menos vasto y tan terrible de la persecucion, la mujer es quien imprime al martirio ese impulso entusiasta que hizo tan numerosos y tan sublimes á los confesores de la fé. Allí donde hombres llenos de fuego y de vigor temblaban, se vieron mujeres, esforzando su debilidad con los puros manantiales de la confianza y de la caridad, subir, con la alegría en el rostro y la sonrisa en los labios, á las hogueras; se las vió precipitarse en la arena arrojando una muerte cruel, y enviar al cielo, con su último suspiro, un grito sublime de amor y de esperanza; pero no se vió una, sucumbiendo á la debilidad de su sexo, que prefiriese un solo minuto la vida á la muerte, las fiestas y el lujo pagano á la tortura y á los padecimientos. La mujer tenia demasiado en la conciencia lo que debía al cristianismo para no desear atestiguarlo al mundo con el sacrificio mas difícil á la naturaleza: el de la propia existencia...

Engrandecida y fortificada así por la religion, la mujer participa de todos los pensamientos, de todos los proyectos del hombre; su talento, mas vivo y mas profundo, domina casi siempre al de su esposo; la afabilidad de sus modales, la dulzura de su lenguaje le dan tambien una superioridad moral incontestable, sobre todo en una época de barbarie y de ignorancia. Cada cual pretende ver en ella una emanacion, ó mas bien una personificación de la divinidad, y se le tributan respeto y homenaje; pero entonces, como hoy, se le piden, en cambio de tanto honor y tantas deferencias, las virtudes de su sexo: se quiere que sea piadosa,

modesta, dulce y bienhechora; se quiere que su mérito sea todo doméstico; se le exige que dirija su casa, que esparza el orden y bienestar á su alrededor, que vigile á sus criados, que eduque á sus hijos en los sentimientos de honor y de lealtad; se quiere, en una palabra, que gobierne pero que no reine. Para el marido toda la autoridad aparente; para la mujer la autoridad real, puesto que este orden, al cual ella obedece la primera, es ella quien lo ha inspirado; puesto que esta cólera, ante la cual ella misma tiembla, se desvanece con una sonrisa de sus labios, con una palabra dulce escapada de su corazon.

Una nacion debe enorgullecerse con sus mujeres célebres, dar gracias al cielo por habérselas concedido, y considerarlas como una de sus glorias mas puras; pero si la mujer quiere ser siempre mujer, ignore siempre su mérito y su ilustracion. Sin modestia, la mujer no es ya mujer; puede tener derecho á la admiracion, pero no tiene derecho al respeto y á la estimacion; es cosa probada que pierde siempre en dicha lo que gana en celebridad. El recinto doméstico y la familia son las barreras mas seguras de las mujeres, dijo un filósofo; pero no, no queremos limitar tanto su imperio, y lo estendamos á la habitacion de los desgraciados, al asilo de todos los que sufren; nos gusta verlas siguiendo el sublime ejemplo de nuestras abuelas, visitando al pobre, cuidándole en sus dolores, consolándole en sus penas; recordamos entonces el papel casi esclusivo representado por la mujer en esa gran via de la beneficencia que se llama caridad; no era posible que su naturaleza dulce y al mismo tiempo entusiasta oyera sin comprenderlas las palabras de amor del divino Maestro; las grabó en lo mas profundo de su corazon, é hizo de ellas la divisa y la máxima favorita de su existencia.

La caridad religiosa viene á ser para la mujer una ley del corazon; apenas nació el cristianismo hizo prodigios; una mujer, una cristiana descendiente de los Fabios, realiza lo que la antigüedad no hubiera osado intentar: funda el primer hospital. Bien pronto reinas y elevadas señoras, jóvenes y viudas ricas, se precipitan en tropel, ávidas de participar de sus penosos cuidados, de entender y de imitar su obra. La Francia, la cristiandad, no cuenta ya un hospital, sino ciento, mil, y todos deben la existencia á las mujeres, esclusivamente á las mujeres; sin estipendio ni salario alguno.

Con los cuidados domésticos, el desinterés y la caridad, el estudio es tambien del dominio de la mujer; no ese estudio que daria por resultado mujeres sabias (ni lo permita Dios), sino una instruccion seria, variada, modesta, prohibiendo á la mujer que trate de brillar, sino permitiéndole que dirija y que vigile la educacion literaria de sus hijos.

Podia entonces, deseosa de cooperar al perfeccionamiento de la sociedad, consagrar la imaginacion y la inteligencia de que la ha dotado el cielo, á la educacion, á esas obras demasiado raras y desdichadas muchas veces, cuyo único objeto es mora-

lizar á la
pareir á
de que an
las exaje
no que fi
pesar del
los límites
chos n
ral, eman
hecho la
maestra

AY

"El d
San Gin
gar en q
que allí
llevé cha
cion sin
que busc
y me ret
la otra r
te digo
idea pro
en el ter
leia mi p
manera,
que retin
dumbre

"El t
sia á la
mente e
La misa
impacien
entrada
puerta d
la gente
de la co
licada v
mi distr
grito de
Era ella
el mism
que apa
mingo l
mo ent
cuerpo y
ti ensan
seado an
la dicha
dillaba
que el si
propósit

lizar á la juventud. Esto no es otra cosa que esparcir á lo lejos los frutos de ese santo apostolado de que antes hemos hablado; entonces no produce las exajeraciones de una imaginacion delirante, sino que filtra sus pensamientos en el corazon, y á pesar del espantoso título de literata, no sale de los límites de la mujer; no traspasa ni sus derechos ni sus privilegios, puesto que es la ley natural, emanada directamente de Dios, quien le ha hecho la primera ó mas bien la única verdadera maestra de la humanidad.

CONDESA DROHOJOWSKA.

AMOR DE UN POETA.

SEGUNDA PARTE.

(CONTINUACION.)

“El día siguiente—segundo de pascua—volví á San Ginés á la misma hora y me coloqué en el lugar en que había oído misa la víspera. Esperaba que allí vendría á parar la dama; mas esta vez me llevé chasco, porque el sacerdote echó su bendición sin que mis ojos hubiesen tropezado con lo que buscaban. Mi corazon se cubrió de tristeza y me retiré á un rincón con ánimo de quedarme á la otra misa. No me acusarás de poco franco si te digo que en esta resolución iba envuelta una idea profana. En efecto, esperaba encontrar aun en el templo á mi bella desconocida; mas Dios que leía mi pensamiento lo dispuso sin duda de otra manera, porque las misas se acabaron y me tuve que retirar sin haber visto mas que una muchedumbre indiferente.

“El tercer día de Pascua tambien acudí á la iglesia á la hora de costumbre, y me coloqué igualmente en el mismo sitio que los días anteriores. La misa comenzó y concluyó sin novedad. Yo me impacienté, y en mi aburrimiento fuí á parar á la entrada de una suntuosa capilla que hay cerca de la puerta de salida. Allí esperaba, indiferente á todo, que la gente concluyera de marchar, cuando en medio de la confusion sentí que una mano pequeña y delicada venia á estrechar la mia. Esto me sacó de mi distraccion. Volví la vista inmediatamente, y un grito de alegría se escapó del fondo de mi alma. Era ella, ella que entraba á orar en la capilla con el mismo traje negro, con el mismo manto con que apareció á mi vista en la iglesia de Santo Domingo la tarde del Viernes Santo, y que, ahora como entonces, robaba á mis ojos el encanto de su cuerpo y las gracias de su rostro. Oh! y cual sentí ensancharse mi corazon! Al pronto hubiera deseado arrojarle á sus piés para decirle cuanta era la dicha que me esperaba; pero la ví que se arrojaba ante una imagen, y esto me hizo recordar que el sitio donde nos hallábamos no era el mas á propósito para entregarse á semejante especie de

trasportes. Esperé, pues, á que sus rezos terminasen, permaneciendo de pié tras de ella á respetuosa distancia.

“Cuando se levantó para marchar quise acercarme á saludarla; pero apercibiéndose ella de mis intenciones me dirigió una mirada tan severa y me hizo con la mano un ademán tan imperioso que me dejó inmóvil y confundido. Entonces reparé que no iba sola, y que la persona que la acompañaba era la misma que dos días antes había visto con la elegante dama que tanto se asemejaba á ella.

“Ya no me quedaba duda. Mi encubierta era una hermosa y distinguida señora. Pero acaso no lo había adivinado mi corazon desde el instante que la ví por primera vez bajo las oscuras bóvedas de Sto. Domingo? Qué había, pues, de particular en ello? Había ¡ay! una gran desigualdad de condiciones entre su posicion y la mia; desigualdad en que, soy franco, no había parado mi atencion; pero que sin duda presentia mi alma, por que estaba triste en medio mismo de su entusiasmo.

“Desde aquel día ya no la volví á ver en misa, sin embargo de que hubo domingo que oí desde la primera hasta la última.

“Esto me desesperó: llegué á creer que si se había presentado dos veces á mis ojos había sido tan solo con la idea de hacer una vana ostentacion de su hermosura, y cuando me ocurría este pensamiento la odiaba con todas mis fuerzas. En una ocasion en que, meditando sobre ello, mis sospechas tomaron mas vuelo que de costumbre, resolví salir de dudas cuanto antes, y para el efecto imaginé que el camino mas corto era escribirle una carta. Pero á dónde ni cómo se la había de dirigir? Por un exceso de caballerosidad, ridícula y tonta, me había resistido á seguirla cuando pude, y ahora resultaba que no sabía quien era ni donde vivía. Este era un conflicto que debía dar al traste con todas mis esperanzas; pero no fué así, porque afortunadamente me acordé del sacristan de las monjas, y con él me vinieron á la imaginacion unas tras otras mil ideas á cual mas luminosas.

“En efecto, no era aquel mofetudo mozalvete un personaje importante que podia servirme de mucho en el caso presente? No era á él, ó mejor aun, no era al afecto entrañable que le profesaba su amorosa prima, la doncella de mi señora, á quien debía la dicha que había disfrutado en la tarde del viernes santo? Pues si por su eterna charla dió lugar, segun confesion de la doncella, á que yo conocieses á su ama, ¿qué no podría prometerme cuando en vez de vanas palabras escuchasen sus oídos el sonido de algunas monedas que pensaba deslizarse en sus manos con la mayor delicadeza del mundo? Las reflexiones que se le ocurrirán á cualquiera despues que se haya hecho la que acabo de esponer son tan obvias que no dan lugar á la duda.

“Salí á buscarlo inmediatamente.

—“Me conoce V? le pregunté.

—“No tengo ese honor, me contestó.

—“Mejor; pensé. Y luego añadí: Pues yo á V. sí le conozco; y porque le conozco, y porque sé que tiene una linda prima que se llama Bríjida, por

eso vengo á que me diga donde vive.

— "Calle! exclamó abriendo desmesuradamente los ojos. V. conoce á mi prima, la encuentra linda y viene á preguntarle donde vive!

— "Hombre! entendámonos; le dije con el tono mas natural que me fué posible adoptar. Si yo la encuentro linda es porque sé que á V. le gusta un poco mas de lo que conviene á un primo. Por lo demás no crea V. que aquí me trae ninguna intencion hostil; y en prueba de ello, añadí tratando de poner en su mano algunas monedas; ahí va eso para que la compre V. un regalo que la sorprenda, la primera vez que se le presente ocasion de verla.

— "Ne quaquam, dijo rehusando mi oferta y dando un paso hácia atrás. Regalo!... no me fio....

— "Pero hombre! repare V....

— "Nada, nada: á otro perro con ese hueso.

— "Pues, señor, exclamé desanimado; será cosa de llevarme chasco? Escuche V., dije al honrado sacristan. Yo soy un poeta capaz de llenar veinte pliegos al dia con los sueños de una hada, con los pensamientos de una casta doncella, ó con la sonrisa de un serafin. Imaginar, pues, que un hombre de mi temple fuese á prostituir sus sentimientos hasta ponerlos al nivel de los de una vil y asquerosa criada, seria hacer una ofensa al sentido comun: así pues, deje V. á un lado sospechas que lastiman mi decoro, y escuche como hombre razonable lo que tengo que decirle. Brígida tiene un ama....

— "Ya!

— "Y yo....

— "Pues! y V. á quien quiere....

— "No es eso. Por quien quiero saber donde vive Brígida es por su ama.

— "Yá! vamos, eso quiere decir que en realidad interesa á V. un poco saber donde vive Brígida. ¿Mas entonces por qué me lo pregunta V?

— "Porque sabiendo donde vive ella sé tambien cual es la casa de su ama.

— "No estoy muy conforme.

— "Por qué?

— "Porque mi prima puede muy bien estar al servicio de una dama sin habitar por eso en la misma casa que ella.

— "Hombre! no me atormente V. A mí poco me importa que la prima de V. viva en el infierno. Lo que deseo saber es donde habita su señora. Lo quiere V. mas claro?

— "Perfectamente; mas es el caso que no puedo complacer á V.

— "Por qué?

— "Muy sencillo; porque no lo sé.

— "Ira de Dios, señor taimado!.... ¿Conque no sabe V. cual es la casa donde sirve la inocente Brígida? No gaste V. bromas, señor bellaco, no me exaspere V., porque soy capaz de cogerlo y darle una de palos que le ponga el cuerpo tan blando como la breva.

— "Y diciéndolo hice demostracion de abalanzarme hácia él; pero el tunante me miró sin moverse y se sonrió maliciosamente.

— "Me patee, me dijo con la mayor calma, que

para hacer lo que V. dice le falta una cosa muy esencial.

— "Cual? le pregunté irritado.

— "El palo con que ha de reblandecer mis carnes.

— "Efectivamente, no llevaba conmigo ni siquiera una débil caña.

— "Veo que eres muy sagaz, le dije, y esto me hace quererte. Toma, añadí sacando mas dinero del bolsillo, aquí tienes doble cantidad que la que te daba antes. Si todavía te parece poco ven á mi casa: en ella no hay mas que miseria, pero rico yo de imaginacion, si satisfaces á mi pregunta soy capaz de escribir una resma cada dia para darte todo cuanto puedas apetecer.

— "Conque de veras es V. poeta?

— "Sí.

— "Y pobre?

— "Sí.

— "Ay! ay! Y quiere V. enamorar al ama de mi prima?

— "Por qué nó?... Mas quien te ha dicho que trato de eso?

— "Que no piensa V. en otra cosa bien claro está, despues que se ofrece V. á darse tan malos ratos, á llenar resmas porque le diga donde aquella vive. Pero yo quisiera darle un consejo.

— "Cuál?

— "Este. Que si no sabe V. mas que hacer versos olvide al ama de mi prima.

— "Por qué? Hay profesion mas noble que la del poeta?

— "Tal! tal! tal! Nobleza en profesion!

— "Por qué nó?

— "Porque no hay mas que dos clases de nobleza en el mundo, y para ello se requiere principalmente no ejercer profesion ninguna.

— "Calla, calla, que tienes un modo de dicurrir....

— "Muy cuerdo, señor, muy lógico. Vea V. si para adquirir ciertos títulos de nobleza no hay que acreditar que por lo menos los parientes en cuarta y quinta generacion en grado ascendiente no se han valido de ningun oficio ni industria para ganarse la subsistencia. Y aunque esto en el dia no es de mucho aprecio, la causa es la otra clase de nobleza que he mencionado. Esta nobleza se cifra en las riquezas....

— "Y qué riquezas hay comparables con la riqueza que atesora un talento profundo! Qué nobleza que se pueda comparar á la nobleza del saber!....

— "¿Qué? Pregúntelo V. al ama de mi prima, y si nó á ella, á los que le han dado el ser; que ellos como mas viejos y experimentados sabrán responder mejor.

— "Pero qué quieres decir con eso?

— "Quiero decir que V. es un necio, petulante y tonto: quiero decir que está V. en peligro de hacer un papel ridículo si se enamora de la señorita de Brígida, porque pertenece á una familia aristocrática y por consiguiente llena de orgullo y de soberbia que acojeria con indignacion, cuando no con risa sarcástica, las pretensiones de V. Ya está V. advertido.

"La lección por mas que viniese de un humilde sacristan de monjas, no dejaba de ser dura y saludable.

"Mi sorpresa era casi tan grande como mi abatimiento al oír esta noticia. Sin embargo, aun insistí en averiguar la casa donde moraba mi bella desconocida, y el sacristan cedió á mis ruegos.

— "Plazuela del Progreso, número....

"Y sin aguardar á mas palabras, le dí las gracias y le hubiera dado tambien todo el dinero que llevaba á no haberse resistido formalmente á tomarlo.

"Y aquí debo advertir que recibí una segunda lección tan severa como la primera.

"Aquel jóven me interesó: estrechéle la mano afectuosamente y me lancé en busca de la plazuela mencionada."

III.

ESPERANZAS FRUSTRADAS.

"Nuevamente mi amigo se detuvo al llegar aquí. Mas esta vez su silencio duró un buen rato; y sin duda debió padecer mucho durante él, porque cuando volvió á tomar el hilo de la palabra lo hizo con una voz tan temblona y una espresion tan dolorida que me llegó á causar compasion.

"Creerás, me dijo, que debo ser un perverso, al ver que con tanto entusiasmo te hablo de todo lo que concierne al amor naciente que sentia por una desconocida que hasta entonces ningun motivo me habia dado para juzgarme correspondido, y que ni aun siquiera se habia hecho acreedora á mi agradecimiento; mientras que el nombre de Mariana, de esa modesta y virtuosa jóven que guardaba tesoros de amor para mí en su corazon, no ha salido de mis labios una sola vez. Pues bien, si he obrado mal, si soy criminal, no me maldigas, te lo ruego, porque demasiada condenacion llevo en mi conciencia, que es la que me ha conducido al borde del sepulcro. Oh! no te alarmes. Ya sé que mi mal no tiene cura, pero tambien estoy conforme, porque he reflexionado mucho, y me he convencido de que debe ser así. Yo he causado la desgracia y la muerte de una familia honrada que ningun daño me habia hecho; conque, justo es que sufra y que muera tambien yo. Mas, detente. ¿Qué me vés á decir? que exagero? que mi razon se estravió al espresarse de esta manera? Oh! nó. Las lágrimas que se desprenden en este instante de mis ojos, los estragos que el dolor causa en mi quebrantada naturaleza, y que tú miras con espanto reflejarse en mi rostro, no son otra cosa que la confirmacion de mis palabras. Y si por un exceso de cariño, ó por que te cause compasion verme en semejante estado quieres esforzarte en disuadirme de lo contrario, desde ahora te anuncio que es inútil, porque, te lo repito, estoy juzgado y condenado por mí mismo.

"Un tiempo hubo en que yo tambien reflexionaba de distinta manera, porque en la ceguedad de mi pasion encontraba excusas para todo. ¡Cuántas veces tratando de disuadirme á mí mismo encontraba que era lo mas sencillo y natural del

mundo lo que estaba haciendo! Cuántas tambien he protestado contra el grito de mi conciencia diciendolo!—Pues qué; tengo yo la culpa de que mi corazon nada sienta por esa muchacha que ha cometido la estupidez de enamorarse de mí? Y por muy grande que este amor sea, he de condenarme á vivir como un anacoreta cuando hay otra mujer que llena todas mis aspiraciones, que me encanta, que me sonríe y que, á no dudarlo, hará mi felicidad? Pero ay! hé aquí unos argumentos bien vanos que habian de venir por tierra con estas solas palabras:—¡Mariana se muere por tí!—Por que, en efecto, ninguna duda puede abrigarse de que yo soy la causa de su muerte. Hubiérala dicho un día que me aborreciese, que me despreciase, que no me quisiese porque yo tampoco la queria á ella; y las lágrimas habrian asomado á sus ojos y la congoja hubiera ahogado su voz: mas al cabo de algunos dias la reflexion hubiese venido á apaciguar aquella borrasca, y al fin habria concluido por resignarse con su suerte. Para obrar como yo he obrado, permitiendo por consideraciones pueriles que su cariño hácia mí no reconociese límites, para tenerla que confesar un día que amaba á otra; esto, si no es criminal, es porque todavia la palabra no abarca toda la enormidad del delito; es, porque en el mundo no hay frase ni tribunal que alcance á calificarlo.

"Pero volviendo á la historia de mis tristes amores con la aristocrática señora, te acordarás que me habia separado de un honrado y sensato sacristan de monjas para encaminar mis pasos á la plazuela del Progreso.

"Y bien; cuando llegué á ella lo primero con que mis ojos tropezaron fué con un carruaje blasonado que salia del zaguán de la casa que habitaba mi bella desconocida.

"Y ella iba recostada muellemente sobre el testero del coche.

"Y me vió.

"Pero sin duda debió importarle muy poco la mirada suplicante que le dirigí y la exclamacion de sorpresa que se escapó del fondo de mi alma, porque ni siquiera hizo el mas imperceptible gesto que me demostrase lo contrario. ¡Oh! Semejante indiferencia que en cualquiera otra circunstancia me hubiera llenado de indignacion, en la ocasion presente solo sirvió para despertar mi amor propio lastimado.

"Al momento me metí en uno de los muchos alquilonos que hay siempre vacíos en aquel paraje de Madrid, y dije al cochero mostrándole una moneda de oro.

— "Ves este dinero?

— "Sí, señorito.

— "Pues es tuyo si alcanzas á seguir al coche aquel que se aleja, y no le pierdas luego de vista vaya donde vaya.

— "Algo distante está ya para que mi pobre jamelgo le dé caza.

— "No importa: arrea y adelante.

— "Y el humilde alquilon partió al galope.

"Afortunadamente para el alimaña que lo arras-

traba, y mas particularmente para mí que tanto me interesaba no perder de vista á mi desdenosa dama, el carruaje donde ella iba se vió precisado á pararse antes de salir de la calle de la Magdalena. Esta circunstancia, por mas que durase muy poco, fué sin embargo lo bastante para que mi auri-ga ganase terreno y pudiera colocar su vehículo en situacion ventajosa. Ya no fué necesario atormentar al pobre animal. Casi á su paso acostumbrado fué siguiendo, fué siguiendo, hasta que llegó al Prado donde se hizo preciso esperar para entrar en fila. Entonces mandé que mi carruaje se colocase al par del de la dama, con ánimo de aprovechar la ocasion en que uno y otro podíamos mirarnos por las ventanillas; pero ¡loco de mí! Cómo era posible que aquella orgullosa señora se dignase poner sus ojos en un coche de plaza? Así lo comprendí al momento al notar que no miraba, y dando un salto fui á colocarme de pié junto á la portezuela de la carretela en que ella iba. Entonces, y como por descuido se encontró su vista con la mia; pero aunque me apresuré á saludarla de la manera mas graciosa del mundo, ella continuó mirándome con la frescura é indiferencia que pudiera haberlo hecho una persona desconocida. Tamaño desaire era superior al que un hombre de mis cualidades podía buenamente tolerar: así es que sentí agolpárseme toda la sangre á la cabeza, y ya iba á cometer una imprudencia, cuando por fortuna mia los caballos de su coche echaron á andar.

— "Señorito, me gritó el auriga. Lo sigo?

— "Guárdate de semejante cosa, animal; le contesté lleno de coraje.

— "Como me habia dicho que fuese donde fuese no dejara de seguirlo...

— "Sí, pero ahora no marchará de aquí. Espera que pasen diez ó doce carruajes, y luego colócate en fila.

— "Está bien, señorito.

"Y el automedonté hizo como se lo habia mandado.

"De esta manera me prometia verla á cada vuelta, lo que no era fácil conseguir yendo inmediatamente detrás. Pero otra y otra vez repito ¡loco de mí!

"No bien la dama se presentó en el Prado, cuando un elegante caballero, sobre un poderoso alazan, se fué á colocar al estribo del carruaje, que no abandonó en toda la tarde.

"Escusado será decirte si mi pobre alquilon pasaria desapercibido.

"Oh! cuando volví á casa estaba como loco. Tenia rabia, despecho, sospechas, celos.... qué se yo! Si en aquel momento me hubiera sido posible hablarla, ¡qué cúmulo de disparates hubiera salido de mi boca! ¡qué de acusaciones la hubiera hecho! Y sin embargo, á cualquiera que no fuese tan tonto como yo, se le habria ocurrido que lo mejor era reirse de mi simplicidad; porque en efecto, era el colmo de la candidez soñar en amores con una mujer que de seguro me creeria demasiado favorecido con dispensarme su amistad.

"Así pensé luego y me decidí á no dar un paso en su busca, aunque para ello tuviera que despedazarme el corazon."

(Se continuará.)

LA BANCA Y LAS MUSAS.

CRONICA GASTRONOMICO-ARTISTICO-LITERARIA
DEL SIGLO XIX.

(Ad perpetuam rei memoriam.)

"Vivan las letras, viva el jaleo, viva el tricornio, viva el manteo." Así comenzariamos á referir la broma económica conque obsequiaron al Sr. Salamanca varios ingenios de esta corte, si escribiésemos en aquellos celebrados tiempos de tuna, en que el rico banquero andaba por los claustros de la Universidad de Granada

Con el manto raído,
cual venerable anticualla,
puesto el tricornio en batalla
de picos cien guarnecido....

Pero como

Las convulsiones de Europa
con sus embates violentos
dieron fin á los conventos
donde comian la sopa

los famosos estudiantes, que cruzaban la España de cabo á rabo, derramando á puñados la sal de la ciencia y las flores de su alegre juventud á los piés de las hermosas, el genio humorista de las letras se ha refugiado á la prensa.

El númen de las estinguidas estudiantinas anda hoy cabalgando sobre una pluma de acero y discurre á sus anchas por los amenos campos de la gaceta, del folletín y de la revista.... en cuanto lo permite el lápiz del fiscal, que hace las veces de valla en el palenque periodístico.

Tiempo hace que los *rauts* de un banquero afortunado preocupan la atención de las gentes de la coronada villa, causando temores á los meticulosos políticos, dentera á los gastrónomos y satisfacción á los convidados. Salamanca por aquí, vinos de Salamanca por allá, Salamanca por este lado, música de Salamanca por el otro... Salamanca y siempre Salamanca. No se habla de otra cosa en las tertulias, en los cafés, en los mentideros de la Puerta del Sol y hasta en las antecámaras de los Ministerios.

Las cosas del Creso de Recoletos ha sido el platillo favorito de las conversaciones de Madrid, hasta que Dios ó el diablo quiso poner entre el público y la auréola gastronómica del hijo de Mercurio los destellos del númen gacetillesco.

Desde entonces acá todo el interés de aquel veleidoso señor se ha fijado sobre la cabeza ligera de este muchacho avieso y retozon.

A las altas horas de la noche, hallábase un día reunido según costumbre, bajo la presidencia del mencionado númen en pleno conciliábulo en el café Suizo, la nata y flor de la juventud artística y literaria y los *gatos* de Madrid conocidos por su excelente humor. Se leyeron versos, refiriéronse aventuras y se discutió sobre todo lo discutible y algo más. Rodando la conversacion vino á recaer en las succulentas comidas de á ocho reales que se dan en la fonda de París. Uno de los concurrentes se permitió poner en duda su estomacal bondad.... "Herejía! Blasfemia nefanda!" esclamaron al punto algunos tertulianos. "Tan exquisita y chupable es la comida de 68 cuartos, dijo uno, que no tendria inconveniente en convidar con ella al mismo Salamanca, si mi bolsa estuviera en alza."

—Queréis que le invitemos á celebrar una en nuestra amable compañía? repuso otro.

Dicho y hecho. Arreglada la cuestion financiera, que era la mas dificultosa, en menos que se votan los presupuestos por ambas cámaras, se redactó la epístola de convite, se gastaron doce cuartos en papel y plumas, se copió en limpio, previas las correcciones de estilo y se nombró un embajador *ad hoc* que la llevase á su destino.

Cuando mas animada estaba la soirée del Sr. Salamanca, apareció como llovida del cielo en manos de este la siguiente misiva que no llamaremos de Urías, por que ninguna intencion oculta guardaba entre sus pliegues, aunque los murmuradores dijeran lo contrario.

SOBRE.

"Carta cariñosa y franca
que escriben con efusion
doce *hombres de corazon*
á

DON JOSÉ SALAMANCA."

CARTA.

"Nos, los abajo firmantes,
muchachos de porvenir
que se acaban de reunir
con dos pesetas sobrantes:

Viendo á usted pasar la vida,
pródigo siempre y fecundo,
convidando á todo el mundo
mientras nadie le convida:

Viendo que es su corazon
raudal que nunca se agota,
y mas beneficios brota
cuantos mas ingratos son:

Queremos, aunque sin blanca
nos halle el 20 de enero,
gastarnos aquel dinero
con don José Salamanca.

Comidas de á dos pesetas
no son malas, D. José;
tendremos sopa *puré*
y una entrada de *chuletas*.

Nos darán frito de sesos,
y entre platos no sencillos
rábanos y pepinillos,

manteca... y otros escesos.

Y porque tiemble la *union*,
á quien ya dimos que hacer,
cuando toquen á beber
será vino *Peleon*.

Iremos, aunque se alarmen,
los que rigen el pais,
á la *fonda de París*,
sita en la *calle del Carmen*.

Preséntese usted contento,
sin temer una emboscada,
que nada debemos, nada,
en dicho establecimiento.

Allí á las seis de la tarde
el sábado nos reunimos;
vaya usted, se lo pedimos,
y el que le busque que aguarde.

No tema usted que la crítica
con nosotros se entrometa,
que ni es reunion de etiqueta,
ni se hablará de política.

Y piense que en esta accion
no va, como en otras ciento,
detrás del ofrecimiento
oculta la peticion.

Que el favor de mas valía
que usted puede dispensarnos,
es solamente el de honrarnos
con su grata compañía.

Favor que con mil amores
esperan de usted rendidos,
sus constantes, decididos
y seguros servidores

Federico Luis de Henales.—Ramon Rodriguez
Correa.—Manuel del Palacio.—Luis Rivera.—
Francisco A. Barbieri.—Santiago Infante de Pa-
lacios.—P. Ramos.—M. Martos Rubio.—Cosme
Algarra.—Eugenio de Vera.—José Belart.—Cár-
los Frontaura."

"POSDATA. Si por acaso
no nos puede acompañar,
dénos cuenta del fracaso;
porque el paso de esperar
ha sido siempre un mal paso."

Concluida la lectura de esta donosa carta, uno
de los escritores presentes, escribió sin dilacion, en
medio de una tempestad de aplausos la contesta-
cion que sigue:

SOBRE.

"Con labios agradecidos
cual su arrogancia merece,
á los *doce* consabidos,
les besa la mano, el *trece*."

CONTESTACION.

"Acepto con gran placer
vuestra franca invitacion,
y así podremos saber
lo bien que saben comer
los *hombres de corazon*.

"Comeremos: y ese día, en dulce fraternidad, brindaremos á porfía, unos por la *monarquía*, y otros por la *libertad*.

"Y si el conjunto total de estos brindis fraternales no hace una *Union liberal*, revelará, pese á tal, una *Union de liberales*.

"Y á todo aquel que no acierte cómo á invitacion tan franca corresponderé... se advierte que avive el seso, y despierte, y que estudie en

SALAMANCA."

Después del viernes, llega, según añeja costumbre, el sábado, día de la cita. Las seis de la tarde marcaba el minuterio de la Puerta del Sol. Doce muchachos de rompe y rasga que así hacen seguidillas á los ojos macarenos, como una oda heroica á Epaminondas, como un epigrama á los mostachos del Papamoscas de Burgos, esperaban impacientes con su camisa limpia y el gaban de los días de incienso la aparición del inclito número trece. Los dientes se les hacían agua en la boca, y para distraer la adefagia se divertían pasando revista á los trevejos del salón en que se hallaban reunidos.

La decoración del lugar de la catástrofe era modesta pero en extremo ingeniosa: multitud de bugías alumbraban los cuadros de hombres célebres que cubrían los lienzos del estrado: la mesa estaba cubierta de una vagilla por demás lujosa, con abundancia de mondachos y vasos de sorbete liso (agua): á falta de ramilletes de flores, veíase en el centro una pirámide de libros clásicos, cuyas páginas despedían el aroma de las flores del espíritu, exornado con los bustos de Calderon, Cervantes, Lope de Vega y Velazquez, rematando con periódicos, cuartillas y un bosque de plumas, que cubrían con su sombra protectora la *jicara rota* y la *palmatoria con su vela de sebo*, célebre en los fastos parlamentarios.

A los siete minutos, los cristales retemblaron, un carruaje se paró en la puerta de la fonda, y un golpe de música anunció el feliz arribo del Sr. Salamanca. Concluyeron las dos arpas viejas y el clarinete claro, que componían la orquesta, de degollar una pieza de Bellini, cuando el número trece acompañado del embajador apareció en el dintel de la puerta. Este presentó al número dos, el dos al tres, y así sucesivamente, con toda la gravedad diplomática del caso.

Hubo una parodia del *siéntese el buen Aguilera*, se sirvió el *puré* y al propio tiempo el secretario dió cuenta del siguiente memorial:

"¿Por qué he de hacer reverencia ni á qué fingir cortesía? De comer tengo impaciencia: de un lado está mi abstinencia, del otro vuestra hidalguía."

La contestación unánime fué:—"Que entre ese hombre."—El mozo volvió con esta respuesta:—"Dice que no es hombre, que es periodista."—"Pues que entre el periodista."—Y entró nuestro amigo el Sr. Rodriguez, redactor de *El Estado*, que comió como cada hijo de vecino.

Sin dar tiempo á que las cucharas entrasen en la boca, se presentó el Sr. Bremon pidiendo en prosa hospitalidad, que le fué otorgada. El banquete siguió su curso como la procesion de *Los Diamantes de la corona*, reinando en todo él *unidad de estómago*, al decir de las crónicas.

Despacháronse uno tras otro los platos siguientes: Sopa de pasta, estofado de vaca, robalos, sesos y cocletas, chuletas, ensalada de escarola, manzanas, pasas y almendras. Además cada *quisque* se tiró al coeto, servido en cuatro distintas copas, media botella del riquísimo *Peleon*, que no se parece á

".....lo del pichel
alto licor celestial,"

conque el buen poeta de marras consiguió ver *dos candiles* en lugar de uno.

Sin embargo de haberse envasado en cascos de *Soterne* para que los bebedores se hicieran la ilusión de que estaban en las bodas de Camacho.

El *Peleon* se subió desde el estómago á predicar á las cabezas, y de tal suerte se alzaprimó el ingenio con la inspiración báquica, que los chistes salían de las bocas á borbotones envueltos con los espirales de humo de los *coraceros* (cigarros). Imposible sería escribir los epigramas, las peroratas y agudezas que se cruzaron entre sí los comensales mientras tuvieron la servilleta en el ojal.

Allá van los principales brindis.

El Sr. Salamanca:—

"Señores: hace veinte y cinco años que en la Universidad de Granada se distinguía la sotana de Salamanca por lo raída y lo vieja, entre las raídas y viejas de sus compañeros. Poco tiempo después fuí á Málaga, en donde ocupé la plaza de gacettillero en el *Avisador Malagueño*. Entonces me acometió la sed de oro: vine á Madrid y lo encontré. Pero á costa de mis ilusiones de joven. Sí, señores, el hombre que tiene cuanto desea no encuentra placer al realizar su deseo. Creedme, seguid el camino de las artes que habeis emprendido; seguidlo, trabajad con constancia y no os sepáreis de él.

"La celebridad de Rodschil cesará el día en que muera.

"La inmortalidad se conquista, pero no se compra. Ahí teneis esos bustos de hombres que cultivaron con gloria las artes. Yo he encontrado los bustos por toda la Europa: en cambio, señores, no he visto ni una estatua levantada al hombre que dedicó su vida á ganar dinero.

"Hoy hablo con mi corazón de veintidos años, porque vosotros me haceis olvidar el del banquero para traérmelo á la época en que como ustedes era un joven, pobre y de buen humor."

El Sr. Vera contestó elocuentemente, y luego el Sr. D. Manuel del Palacio, que en nada se parece al célebre Manolito Gazquez, hizo reventar de risa á sus benévolos oyentes con una alocucion *filfística* en la cual citó á *Tinto Lívido*, *Pintagorras*, *Chicharron*, *El de Móstoles*, *los suplicios de Siti-fué*, etc., etc., y encajó el voluminoso símil de que *El cielo era el gran miriñaque de la naturaleza, que la sirve para tapar los vicios de la humanidad.*

El Sr. Infante:

"De hoy mas, y de mi escudo en los cuarteles, lucirá sobre azul con tinta blanca, orlado con corona de laureles:

—Soy uno de los doce amigos fieles que mataron el hambre á Salamanca.

Y tan solo para mí, con palabras muy discretas, al reverso pondré así:

—Dios sabe como me vá para hallar sus dos pesetas."

El Sr. Correa:

"Aquí, do cesa la pasion política, conquista un timbre la pasion ecléctica; pues que en esta asamblea, la dialéctica bien puede resistir á cualquier crítica.

Rabien, pues, de furor el optimismo y todos los filósofos extremos, mientras que juntos *Peleon* bebemos en honra del presente eclécticismo."

El Sr. Morales:

"Cerca de tí, embajador, represento á esta docena con mas gloria y mas honor, que si me envian al Sena cerca del emperador."

El Sr. Palacio (D. Manuel del):

"Vendrán de la vejez los tristes dias y surcarán de arrugas nuestra frente; pero el recuerdo quedará en la mente de estas puras y dulces alegrías. Jurad sobre este líquido inocente que aun cuando fuera os escontreis del mapa, partireis vuestro pan con esta gente como el buen San Martin partió su capa."

El Sr. Rivera: que

"Soy autor de las varias chanzonetas que margen dieron á reunion tan franca: desde hoy, mientras yo tenga dos pesetas, sin comer no se queda Salamanca."

El Sr. Frontaura:

"De comida tan espléndida nunca pierdas la memoria, que Dios sabe, Salamanca, cuando te verás en otra."

D. Leopoldo Bremon:

"Señores, brindo formal, á fin de que se me crea,

porque esta union no se vea como la union liberal."

El Sr. Barbieri cantó, con la música popular, la siguiente seguidilla:

"Despues de los ingenios
que aquí han lucido,
yo, pobre zarzuelista,
cierro mi pico:
pues temo el lance
de que mi canto á ustedes
les descalabre."

El Sr. Martos Rubio:

"No vengo á brindar dispuesto;
mi obligacion es comer,
si he de cumplir el deber
que me impone el presupuesto."

El mismo señor, correspondiendo á un brindis en honra al iniciador de los ferro-carriles de España, dijo:

"Cuando el espacio devora
una audaz locomotora
llevando con garbo sumo
cien espirales de humo
en pos de su férrea huella,
parece que sale de ella
una voz que grita franca:
¡Viva, viva Salamanca!

Mas si el exceso de vino,
al maquinista inquilino
que dirige el graduador
del impulsivo vapor
le adornece la pupila
y el convoy se descarrila,
parece que la voz franca
grita y grita ¡a Salamanca!

D. José Bremon:

Aunque tengais por abuso
que hable yo en un testamento,
donde solo represento
el triste papel de intruso,
Brindo sin ingenio lince,
y esto llano me parece,
por los doce, por el trece,
por el catorce y el quince.

El Sr. Algarra (aludiendo al Sr. Salamanca):

Señores es mucho cuento,
pero no es una aprension;
él con mil gana un millon:
yo de diez mil hago ciento.
¿Consistirá en el talento?...
Entonces soy un melon.

El Sr. Vera:

Brindo porque no se diga
que en esta alegre reunion
doce firmamos la *liga*:
¿qué seria de la *union*
si á tal trance nos obliga?

El Sr. Ramos (que estuvo muy oportuno):

El árbol que de fruto está cargado,
su copa inclina hácia la verde alfombra,

cual si prestar quisiera abrigo y sombra
al tierno arbusto que nació á su lado.

Solo el estéril solitario crece,
gozándose altanero con su obra:
talento tienes, corazon te sobra,
por eso pretendiste ser el *trece*.

Y á la despedida le dirigió el mismo Sr. Ramos
entre otras muchas, la siguiente cuarteta:

"Engendra cariño el roce,
bien pensado me parece;
brindo porque sea el *trece*
siempre amigo de los *doce*."

El Sr. Belart (que ha dejado pendiente una deuda de galantería con el Sr. Salamanca, dijo como brindis posdata):

"Ciego pintan al amor
y tambien á la fortuna;
yo sufro desde la cuna
de entrambos el disfavor.
Hoy al ver mi dicha cierta,
brindo por tí, Salamanca,
y si mi voz hallas manca,
piensa que mi musa es tuerta."

Por último, el Sr. Henales dijo:

"Para que el recuerdo eterno
de aquesta comida viva,
pido que un album se escriba
aunque se arroje al infierno.
Inspiracion fácil, franca,
á nuestros versos se ajuste.
y disponga lo que guste
Don José de Salamanca."

La idea del album fué acogida desde luego
por el Sr. Salamanca, el cual ofreció enviarlo cuanto
antes para que se llene por los asistentes á la
comida, comprometiéndose el Sr. Algarra á hacer
los retratos de todos, y el Sr. Barbieri á escribir
una cancion *ad hoc*.

"Hecha que fué la comida y levantados los manteles" como dijo no sé quién, los anfitriones comieron la prodigalidad de obsequiar al hijo de Plutón con una taza de café, un *plus* de aguardiente *bala rasa* de á 36... grados, que este se coló con bazaría un par de cañas y se chupó *ainda mais* tres tagarninas de á 10 maravedís, con lo cual es probable que se destañaría el *pasapan*.

En un gabinete contiguo al lugar de la escena, cantaron varios amigos del apostolado artístico varias coplillas incrustada sconvenientemente en los compases con arreglo al programa (sin manzanas) de esta

SERENATA JOCO-SERIA.

PRIMERA.—*Al freir será el reir*: jaleo fúnebre.

SEGUNDA.—*Pan y toros*: cancion francesa.

TERCERA.—*Río revuelto*: gran fantasía.

Con el *plus café* volvió á formarse un nuevo nublado de ocurrencias chusqui-cómicas y literarias. Produjeron estas tal satisfaccion en el *héroe* núm. 13, que se le saltaron de gusto los botones del chaleco, y exclamó con entusiasta emocion:

—Señores, se dice que á estas cosas se viene á perder una cana, yo he venido á tefirme el pelo.

Esta funcion se presta á tales comentarios sobre los medios de alentar la literatura acerca de su estado actual etc., etc., que de hacerlos yo pudiera quedarme calvo: por eso dejo semejantes reflexiones á cargo de los estómagos de mis amables lectores.

Conste de todas maneras mi opinion en la materia, á saber: para hablar bien en verso, es preciso comer bien en prosa.

LUIS DEL BARCO.

RUGIER DE LAURIGA.

NOVELA ORIGINAL

POR

D.^a FELÍCITAS ASIN DE CARRILLO.

SEGUNDA PARTE.

(CONTINUACION.)

—No me habia engañado, murmuró el infante como si acabara de verse libre de una grande opresion. El padre Gerardo me salvará de las maquinaciones de Doña Ana de Sobradíel.

CAPITULO V.

La incansable condesa de Cinco-villas se habia jugado el todo por el todo desde el momento en que presentándose al infante D. Juan tuvo la audacia de delatarse á sí misma, despues de haber seducido al pobre y sencillo religioso, de cuyo nombre se valió para llevar á efecto esta última arriesgada empresa, quiso sondar por sí misma algunos de los impenetrables misterios en que se hallaba envuelta la muerte de su padre. Poniendo atrevidamente su mano en donde estaba la llaga, supo conmover la conciencia de aquel hombre y se convenció hasta la evidencia de que habia tomado una parte muy activa en aquella muerte.

Leyendo el pergamino que ella le presentara, D. Juan habia dado muestras de un terror que casi rayaba en supersticioso: se habia puesto pálido y cadavérico como si la sombra del conde que murió asesinado se le hubiese aparecido de pronto para acusarle y maldecirle.

Secretos como este han costado la vida á muchos de los que han tenido la desgracia ó la osadía de penetrar en ellos, y el fingido padre Gerardo hubiera podido ir desde la sala en que celebraba su conferencia, no tan solo á un calabozo, sino tambien, si el infante lo determinaba así, á ser pasto de los cuervos en cualquiera de las almenas de una muralla ó de este ó el otro castillo.

Otra de las razones en que nos fundamos para

decir que Doña Ana se había jugado el todo por el todo es, la de que dado el caso de ser descubierta por la infanta Doña Isabel, todo su artificio hubiera venido á tierra. La condesa estaba sin embargo persuadida de que Doña Isabel no vendería en modo alguno su secreto violando el juramento que le había hecho en dos distintas ocasiones.

El padre Gerardo, el verdadero padre Gerardo, era un pobre viejo de cándido y apacible carácter que amaba con todo su corazón á la de Sobradriel y que hubiera vertido por ella su sangre, tomándola por la mas buena, noble y generosa de todas las mujeres. Ella le había dicho que se trataba de hacer un gran servicio en honra y provecho del rey, de cuyo servicio reportarian ambos grandes utilidades y los religiosos inmenso provecho. El padre Gerardo pidió licencia por algun tiempo al gefe de su comunidad, y ya sabemos que habiéndose reunido con la condesa tomaron ambos la resolución de salir aquella misma noche de Valladolid.

No hay necesidad de seguirlos en su camino donde nada nuevo les ocurrió; lleguemos al final de su jornada y veamos los nuevos y maquiavélicos planes que aquella mujer se proponía realizar.

A eso de la mitad de la tarde de un día nebuloso y triste, dos frailes llegaban al pié de los muros de Tordehumos pidiendo tener una entrevista con el alcaide de la fortaleza diciendo que iban de parte del infante D. Juan. El alcaide apareció de allí á poco y Doña Ana puso en sus manos las letras de que era portadora. No bien las hubo leído el alcaide hizo un saludo militar á los religiosos y les dijo:

—Mi amo y señor se sirve ordenarme que acate y obedezca vuestras órdenes siempre que estas no tiendan á relajar la disciplina que reina entre los soldados que guarnecen la plaza ó trateis de introducir en ella armas ó gente de guerra. Me teneis á vuestras órdenes y voy á daros posesion de los principales departamentos del castillo.

—Dentro de media hora, dijo uno de los religiosos con acento de autoridad, vereis llegar un correo procedente de la corte. Hareis que se le introduzca inmediatamente á nuestra presencia.

El alcaide cumplió exactamente lo que había dicho, y Ana y el padre Gerardo se hallaban instalados un momento despues en un gran salon cuyas ventanas, guarnecidas de macizas rejas de hierro, daban al campo.

Ana se dirigió á su acompañante.

—Sabed, le dijo, que dentro de media hora vais á partir á un pais en extremo delicioso donde se-reis tratado á cuerpo de rey. Los rigores de la penitencia y del ayuno os han demacrado en extremo, padre Gerardo. Vais á Borja y despues á Sobradriel, en cuyos puntos, segun os tengo dicho, teneis que desempeñar una importante comision. No necesito recordaros la recompensa que obtendreis si como le espero, cumplimentais las órdenes del soberano y del infante D. Juan, que por mi conducto os sean transmitidas.

En este momento pasaron á Ana recado de que

una persona que acababa de llegar de la corte, estaba esperando en las antecámaras.

—Que entre, dijo la condesa.

Y luego dirigiéndose al padre Gerardo añadió:

—Podeis pasar á vuestro cuarto y hacer vuestras oraciones, en tanto que se nos prepara la cena. Debeis estar cansado y mañana tendreis que partir al amanecer.

Al mismo tiempo que el padre Gerardo salia por una puerta, el recién venido entraba por otra.

—Llegaos, Guzman, dijo la condesa con prontitud contestando al saludo que la dirigiera su antiguo escudero. Los instantes son preciosos; vais á contestar á todas y á cada una de mis preguntas pronta y categóricamente. ¿Cumplisteis las órdenes que os dí en Valladolid?

—Sí, señora, traigo doce hombres en mi compañía, y ellos y yo os hemos guardado las espaldas durante todo el camino.

—Y dónde están?

—Los tengo apostados á una legua de aquí.

—Perfectamente: ¿habeis despachado los correos que debian salir al encuentro de Alvar Nuñez?

—Sí, señora.

—Les disteis las instrucciones que os comuniqué?

—Todas; y espero que Alvar no se detendrá un instante hasta que esté en Tordehumos.

—Bien está, dijo la condesa: vos entre tanto vais á reunir mas gente, la cual dividireis en dos grupos; el uno quedará á las órdenes de Alvar Nuñez y el otro á las vuestras. Mañana os diré lo demás; por ahora conviene que os vayais á reunir con esos doce hombres.

Al otro día Doña Ana estaba sola y mas radiante de hermosura que nunca. Había dejado su disfraz y tomado de nuevo los hábitos femeniles: sus ojos brillaban de alegría, y en su rostro estaba pintada la mayor satisfacción.

La condesa acababa de tener una conferencia con el alcaide del castillo, joven y bizarro militar que se había quedado atónito al verla.

Lo que pasó en aquella entrevista no lo sabemos; aquella mujer contaba con los recursos de una maravillosa hermosura, de un talento superior, de una posicion envidiable y es imposible decidir si el hombre aquel se sintió fascinado por sus gracias ó tentado por la halagüena pintura de un risueño porvenir.

Doña Ana se había guardado muy bien de pronunciar su nombre.

—De todos modos, dijo el gefe de la fortaleza al despedirse de ella, el infante D. Juan me manda obedecer ciegamente las órdenes de la persona portadora de su escrito. Entre el padre Gerardo y vos prefiero que vos me mandeis.

A las doce de aquel mismo día, un caballero, acompañado de algunos hombres que venian desarmados, llegó con una hermosa jóven á las puertas de Tordehumo. La condesa, que los vio llegar, lanzó un grito de alegría y esperó con avidez que le pasasen recado.

El alcaide fué el primero que penetró en su habitación.

—Dispensadme, señora, dijo mirándola embebecido; todavía no he puesto á vuestra disposición las personas que han de formar vuestra servidumbre y vengo yo á servirlos.

—Sí, sí, dijo Ana con impaciencia, ¿qué ocurre? hablad.

—La persona de quien me hicisteis mencion esta mañana...

—Lo sé, ha llegado al castillo; hacedme el obsequio de que la conduzcan aquí.

Iba ya el alcaide á retirarse cuando la condesa hizo que se detuviera dirigiéndole algunas palabras.

—Esperad, dijo: ¿no viene con esa jóven un guerrero que se llama Alvar Nuñez?

—Creo que sí, respondió el alcaide.

—Pues en ese caso, hacedme el obsequio de decirle que entre.

—Solo?

—Solo.

Un instante despues Alvar Nuñez llegó á presencia de la condesa, y haciendo una profunda cortesía esperó á que ella le dirigiese la palabra.

—Veo, le dijo, que habeis cumplido el principal encargo que os di conduciendo á esa jóven. Habeis hecho los demás?

—Todos, respondió Alvar Nuñez que era un hombre de finos modales y resuelto ademan; he sido portador del pliego que me disteis para el rey de Francia y además he hablado con el caballero Adrian de Montalvo.

—¿Sigue amándome como siempre?

—Tanto, señora, que puede apostarse que ha perdido el juicio por vos. Cuando le dije de vuestra parte que os esperase allí, se le mudó el color y creí que iba á ponerse enfermo; mas cuando le agregué que vuestra ausencia no seria larga, se contentó con arrojar un suspiro, sometiéndose á vuestra voluntad.

—Muy bien, perfectamente; ¿y luego?

—Luego volví á cruzar el Pirineo con toda la posible rapidez y fui á parar á Sangüesa en cuyo punto me habiais mandado esperar. No habian pasado dos horas de mi permanencia en aquel punto, cuando vuestro enviado llegó á mí jadeante y medio muerto de fatiga, acababa de reventar su caballo, y en cuanto á él hacia veinticuatro horas que no habia probado alimento alguno.

—Continuad.

—En cuanto á aquel pobre hombre, me dijo lo que queriais y me entregó el pergamino y el anillo, le dejé que comiese y durmiera y me dirijí á casa de esa jóven. La lectura del pergamino causó en ella una violenta emocion, luego ví que vacilaba y traté de convencerla comunicándole algun valor.

—Gracias, Alvar; no sabeis el servicio que acabais de hacerme. ¿Habeis advertido si sospecha alguna cosa?

—Nada absolutamente, señora; está persuadida de que pronto va á verse al lado de su esposo, pero teme haber cometido una imprudencia.

—Bueno; haced que la introduzcan aquí y á la noche hablaremos.

—Hasta la noche, respondió Alvar Nuñez retirándose despues de haber besado respetuosamente la mano de su señora.

Cuando Ana se vió sola sacó un pequeño espejo de acero bruñido que brillaba tanto como la mas hermosa luna de Venecia y contemplándose en él creyó que todavía podia presentarse con orgullo delante de su aborrecida rival.

Decimos de su aborrecida rival, porque Ana odiaba con sus cinco sentidos á la pobre Catalina. Sin amar á Rugier, porque ella no amaba ni era capaz de amar á nadie; tenía, no obstante, humillada el desvio de aquel hombre cuya perdicion habia jurado. Una vez lanzada en el horrible camino de las venganzas, la condesa queria ser implacable hasta vencer del todo ó sucumbir en medio de la lucha.

Catalina apareció un instante despues en el ingreso del salon.

Catalina era la misma de siempre; es decir, un ángel de inocencia y candorosa hermosura, sobre cuya frente virginal habia Dios estampado el sello de una dulce y melancólica resignacion.

La cándida jóven creia tal vez que allí la estaba esperando su amado Lauriga.

¡Cual no debió ser su sorpresa al hallarse delante de una mujer altanera, fria y desdeñosa que la miraba con insultante ademan y la fascinaba al mismo tiempo que la sobrecogia!

Catalina reconoció en aquella mujer la misma que en cierta noche, demasiado angustiosa para ella, se apareció ante su vista en el alcázar de Zaragoza, alumbrando el camino de Rugier.

La desdichada tembló de emocion y cerró un instante los ojos, teniendo que apoyarse para no caer en el quicio de aquella puerta: hubiera querido retroceder y sus piés se negaron á ello: hubiera querido gritar y su voz quedó ahogada en su garganta.

—Entrad, nada temais, dijo la condesa de Cinco-villas; y su acento duro y casi estridente era sin embargo la negacion del sentido de sus palabras.

"Nada temais," habia dicho y la esposa de Rugier tembló como la hoja en el árbol. Su corazon le decia que debia temerlo todo de la implacable condesa.

—No estabais tan cobarde, volvió á decir esta dando algunos pasos hácia Catalina; no estabais tan cobarde cuando á pesar del rey D. Jaime II, de vuestro mismo rey y aun de vuestro hermano, quisisteis unir vuestro apellido con el de un hombre con quien la reina por miras particulares dispuso enlazaros. Insensata! Vos sin duda amábais mucho á ese hombre, no es verdad?

La condesa hizo una breve pausa como si esperase que Catalina respondiera á su pregunta.

—Vamos, decid! gritó con voz temblorosa de cólera, y luego añadió. Pero no es necesario que lo digais; vos estabais ciegamente enamorada, y en su consecuencia no pudisteis adivinar que aquel

hombre estaba comprometido al daros su mano de esposo.

—Imposible! imposible! murmuró Catalina sollozando. Rugier no ha podido engañarme al decirme delante de Dios que yo era la mujer elegida por su corazón.

—Decís bien; delante de Dios pudo juraros eso mientras delante de Dios, es decir, bajo la inmensidad de los cielos y en la soledad del bosque os juró una tarde no vivir mas que para vos; sin embargo de que existía para otra. Jurábase amor en sus cartas, y las vuestras, lo mismo que vuestras flores, iban á parar á manos de otra dama. De día os juraba muchas cosas, y de noche hacia otro tanto á los pies de una muger que habitaba en las galerías del norte del palacio de Aljafria.

Este recuerdo traído nuevamente á la memoria de Catalina con despiadada idea, fué para la pobre jóven un dardo agudo que penetró en su corazón renovando sus antiguas y mal cicatrizadas heridas. La duda volvió á cobijarse en su alma; pero como ella era tan pura como incapaz de mentir, como adoraba en Rugier, costábale gran trabajo creer que este hubiese obrado con tanta perfidia.

—Me estais torturando, esclamó uniendo sus manos y derramando una lágrima. ¿Qué fin os llevais en hacermé padecer de este modo?

—¿Qué fin! Y osais preguntármelo á mí, á mí la condesa de Cinco-Villas, en cuyo camino tuvisteis la loca arrogancia de anteponeros? ¿Sabeis que ese hombre estaba en vísperas de ser mi esposo y que me amaba mucho mas que á vos y que á todas las demás mujeres del mundo? Pero vos en vuestra insensatez, no adivinasteis que Doña Blanca queria entablar á todo trance la paz con los navarros y recobrar de ellos cuatro pueblos aunque para conseguirlo tuviese que sacrificarlos.

—Mi prima! Oh! no digais eso de mi prima Doña Blanca, señora; ella es buena y noble y generosa...

—Será una santa si gustais, pero es reina, y bien valen cuatro poblaciones tanto, y algo mas que el corazón de una niña imprudente. Por otro lado, la reina pudo creer muy bien que, una vez enlazado con vos, Rugier de Lauriga me olvidaría. Qué insensatez! Rugier de Lauriga me ama hoy mas que nunca.

—Olvidais que es mi esposo, señora?

—No por cierto; pero una vez conseguido lo que era menester, nunca falta un mensajero seguro que se encargue de ser portador de una sortija y de un manuscrito.

—Explicaos por piedad; yo no acierto á comprender nada absolutamente de cuanto me estais diciendo.

—Tened calma, no me interrumpais y pronto lo comprendereis todo. Queria deciros, que así como no ha faltado una persona que de orden de Rugier os hiciese salir de vuestra casa nativa, tampoco nos falta un castillo donde permanezcáis, un alcaide que os guarde y una partida de defuncion que acredite á los ojos del mundo que Rugier de Lauriga es libre como el aire.

MARZO.

Catalina de Montalvo lanzó un grito desgarrador al oír las últimas palabras de la condesa que encerraban la mas horrible sentencia. La pobre jóven, que desde su inesperado encuentro con Ana no había cesado de temblar un instante, y que luego sintió la tortura de los celos, vió colmada la medida de su espanto al ver esplanada por su rival con la mayor sangre fria aquella idea, negra como la misma muerte, esa muerte que hubiera preferido antes que verse separada para siempre del hombre á quien profesaba una ciega idolatría.

La infeliz, víctima de una emocion tan profunda, se dobló como se dobla una flor marchita sobre su tallo, y fué á caer á los pies de la condesa lanzando un segundo quejido de angustia.

—Desdichada! murmuró Ana sofocando un pequeño resto de compasion; dentro de diez minutos yo te pondré á buen racaudo; Rugier no volverá á verte y aun todavía podré imponerle condiciones; todavía puede que ese hombre sea uno de los mas dóciles instrumentos de mi venganza!

CAPITULO VI.

Don Lope de Haro y su padre Don Diego, llegaron á Valladolid el mismo dia en que Ana de Sobradriel penetró en Tordehumos acompañada del padre Gerardo.

Don Lope, jóven, de ánimo varonil, de sentimientos hidalgos é incapaz de pronunciar una mentira, no tuvo inconveniente en confesar al rey de Castilla su antiguo descontento y el conato de sedicion que con él habían formado cierta vez algunos caballeros mal avenidos con el giro tortuoso que llevaban los negocios de la corte. Sin faltar al respeto que el monarca debía inspirarle, el jóven de Haro supo hablar con tanta entereza y pintar las cosas tan á lo vivo, que en esta ocasion, en vez de caer en desgracia llegó á despertar en el ánimo del rey un sentimiento de gratitud y de cariño haciéndole tornar los ojos á lo pasado y pensar en lo porvenir. El rey aunque demasiado jóven y asaz voluntarioso, creyó firmemente que aquellos consejos, por severos que fuesen, no podian menos de ser muy saludables y abrigó por un momento la idea de imprimir un nuevo rumbo á su conducta. Con esto y con atraer nuevamente hácia sí á sus leales servidores, en tanto que inutilizaba los bastardos manejos de media docena de ambiciosos, creyó que le sería fácil aun conseguir un próspero y largo reinado.

(Se continuará.)

Seccion de economia doméstica y arte de cocina.

Para limpiar ropas de seda negra.

Deslíase hiel de buey en una cantidad de agua hirviendo, suficiente para comunicarle un grado de

calor regular, y con una esponja bien limpia, empapada de esta mezcla, frótese por una y otra superficie la ropa, apretándola bien entre las manos para enjuagarla: lávese luego la pieza con agua de río hasta tanto que esta salga bien limpia; y apretándola de nuevo, espóngase á secar sobre un bastidor al aire libre, frotando el envés con cola de pescado y acepillándola prontamente.

Si el color negro del tejido se hubiese enrojecido ó empañado, podrá avivarse limpiándolo primero con hiel de buey, y luego enjuagándolo con agua pura, como se ha dicho. Métase despues la pieza en agua de río, en la que se hayan echado cinco ó seis gotas de ácido sulfúrico, (no mucha cantidad, para que no se queme la ropa), restréguese con las manos por espacio de cinco minutos, y enjuáguese despues largo tiempo y con cuidado en grande cantidad de agua pura, terminando la operacion del modo ordinario.

Si se hubiese alterado mucho el color, será preciso reteñir la pieza; pero no hay que desmayar, pues la operacion es bastante sencilla para que cada uno pueda ejecutarla con facilidad. Supongamos que la operacion se ha de practicar sobre un vestido: póngase en un caldera pequeña el agua suficiente para que pueda zambullirse en ella la ropa, háganse hervir con esta agua, por espacio de una hora de tres á seis onzas de palo campeche en pedazos muy delgados y pequeños; métase allí el vestido, teniéndolo por otra media hora á calentar ligeramente, y despues cuélguese encima de la caldera para que se escurra: échese en este líquido el grueso de la mitad del dedo pulgar de sulfato de hierro ó caparrosa verde en polvo; y cuando esté disuelto, añádase agua hasta que haya en la caldera la misma cantidad que al principio. Hágase hervir de nuevo poco á poco la ropa por espacio de otra media hora, meneándola de cuando en cuando con un palo: lávese en seguida repetidas veces con agua, hágase secar y désele el aderezo.

Estos varios procedimientos dan á la sedería el aspecto de un tegido nuevo.

Para limpiar ropas de seda de cualquier otro color.

Enjabónense del modo que se ha dicho para la sedería blanca, y enjuáguese en seguida con agua tibia; pero como sucede muchas veces que los colores se sueltan en el agua por ser poco sólidos, debe hacerse esta operacion con la mayor rapidez. No se hace esta advertencia porque sea enteramente imposible avivar los colores, antes por el contrario hay muchos medios de conseguirlo.

Se trata, por ejemplo, de una ropa de color amarillo brillante, carmesí ó de castaña; entonces debe meterse prontamente en agua de río, en la que se hayan echado algunas gotas de ácido sulfúrico bastante á acidularla ligeramente; y en seguida lavarla bien en agua pura, apretándola entre las manos y estendida despues sobre una mesa cubierta de una tela gruesa, rollarla con esta y torcerla fuertemente. Para los colores de rosa y de carne se sustituye al ácido sulfúrico el zumo de limon ó el

vinagre. Se seguirá el mismo procedimiento con la sedería del color de escarlata, con tal que en lugar del ácido se ponga en el agua una corta cantidad de la composicion que los tintoreros designan con el nombre de *composicion para la escarlata*. En cuanto al verde de aceituna deberá emplearse el agua, en la que se haya echado de antemano una disolucion de caparrosa azul ó sulfato de cobre con un poco de agua. Siendo mas difícil la operacion con los colores azules, sería mejor hacer antes la prueba con un retazo de la ropa. La enjabonadura hace desaparecer en efecto los azules obtenidos con la disolucion de añil producida por el ácido sulfúrico, y conocida por el nombre de *azul líquido*, como tambien los hermosos azules que dá el *azul de Prusia* ó prusiato de hierro. En este último caso sería el mal irreparable; pero en el primero podría remediarse muy bien, tiñendo otra vez la ropa despues de la enjabonadura con las bolas de azul, ó tambien con el azul líquido dilatado en agua. Hay otros azules á los que los álcalis (así como el jabon) aumentan su intensidad en vez de disminuirla y con estos se emplea la acedera. Este es el modo mas comun de obtener el azul subido, los azules de rey y el color violeta; conociéndose que han servido, porque el color está sujeto á enrojecerse. Para avivarlo, añádase á la disolucion de jabon una corta cantidad de buena potasa blanca: puede aun realizarse el lustre del color, añadiendo de nuevo una pequeña cantidad de potasa á la disolucion de cola de pescado que se empleará para el aderezo. El modo de terminar las operaciones es siempre el mismo.

Lavado de los velos de encaje negros, y de las blondas del mismo color.

Para limpiar cualquiera de estos objetos deben lavarse en agua caliente mezclada con hiel de buey, enjuagarse en seguida en agua fria hasta que no se perciba el olor de esta sustancia, esprimir bien el agua sin torcerlos, y despues aderezarlos. Para esto hágase disolver un poco de cola de pescado en agua hirviendo, zambúllanse los velos ó blondas en esta agua no muy cargada de cola, apriétense entre las manos, y estiéndanse tirantes como se ha dicho para los encajes blancos. Puede emplearse igualmente la esponja bañándola en el agua de cola.

Lavado de los velos de seda.

Los velos de seda, llamados *gaza de lana*, y los de tul, sean lisos, recamados ó bordados, se lavan del mismo modo que queda dicho para la sedería blanca; se azufran igualmente, y se meten en seguida en agua tibia, en la que se haya disuelto una cantidad suficiente de goma arábiga, cuya agua se esprime sin torcer la pieza, apretándolas entre las manos, rolladas en un lienzo fino; y luego se estien de cada una sobre un marco cubierto de tela, ó mejor de paño verde, llamado *resma* por los quita-manchas, el que las señoras reemplazan mucho mejor

por una mesa de jugar. Estas sujetan el velo por todos lados con alfileres de encaje, dejándolo bien tirante para que no haga arruga alguna. Muchos comienzan por estender el velo luego despues de enjabonado, y en seguida aplican el agua de goma por medio de una esponja fina que empapan en ella pasándola sobre el velo estendido.

Esta clase de ropas se lustran como las demás.

Para preservar las paredes de la humedad.

Las paredes impregnadas de salitre están siempre sujetas á la humedad, lo que se observa á menudo en los aposentos bajos. No hay cosa mas perjudicial para la salud que el habitar ó dormir en cuartos húmedos; la humedad es la causa de los reumatismos, dolores y otras enfermedades aun mas graves, que atacan en particular á las personas de complexion delicada y que no acostumbran á hacer ejercicio; pero principalmente es funesta para los niños y les ocasiona á menudo la raquitis. Lo mas seguro y prudente es no habitar en aposentos húmedos; sin embargo, se puede guardarse de la humedad, pegando contra la pared hojas de plomo muy delgadas, iguales á la que se emplean para forrar las cajas para té y otros objetos del mismo género, y sujetándolas con clavos de cobre: luego se encola por encima papel de tapiceria ordinaria.

Potaje de garbanzos.

Échense en el agua hirviendo los garbanzos bien remojados, y se les pone una cucharada de aceite para que salgan bien suaves; cuando estén cocidos se les echa cebolla frita, ajos, especias, una hoja de laurel y sal; se añaden unas espinacas, y si no un poco de arroz, y se espesa machacando algunos garbanzos y un par de yemas duras. Si se quiere mas exquisito, hágasele una salsa de almendras; y se le puede añadir algun pedazo de bacalao ó cóngrio.

Potaje de judías.

Se ponen á cocer en agua fria, y cuando estén ya cocidas se les echa una cebolla frita; se deslien con una poca de la misma agua de las judías, unos ajos majados al almirez y un poco de azafran para darles color, se aromatizan con un par de hojitas de yerba-buena, y se les echa un poco de arroz ó queso rayado.

Potaje de lentejas.

Se ponen á cocer con agua fria y sal, y cuando estén cocidas se rehogan en una cazuela ó puchero con aceite y un poco de perejil, se les añade agua, y un rato antes de servir las unas rebanadas de pan tostadas.

Potaje de guisantes.

Se echan en agua hirviendo con unos cogollos de lechuga y unas hojitas de acederas; luego se les añade cebolla y ajo frito con aceite, se sazona con un poco de sal y un pár de clavos, y cuando estén cocidos se les espesa la salsa con unas yemas de

huevo; ó bien se les pone una parte de arroz.

Si son secos se puede hacer lo mismo que el de garbanzos; pero se deben poner algunas horas en remojo.

Potaje de castañas.

Se escogen las castañas pilongas que no estén agusanadas, y despues de bien lavadas, se ponen en remojo doce horas con agua tibia; luego se cuecen con unos granitos de anís; cuando están cocidas se rehogan en aceite, se les echa agua caliente, sazónándolas con un poco de azúcar y canela; y despues que han cocido mucho y se vé que la salsa de ellas mismas está ya espesita, se sirven.

NUEVO TEATRO.

Otro adalid se ha presentado en la palestra á tomar parte en la polémica suscitada con motivo de la ereccion del proyectado teatro. *El Comercio* le ha abierto sus columnas, y lo que es mas, ha hecho preceder su primer artículo con una nota de recomendacion respecto á la persona del autor; honra que no han alcanzado los que en la misma tarea allí le precedieron, y circunstancia con la que parece querer darnos una alta y merecida idea del nuevo justador.

No pensamos, sin embargo, dejarle el campo libre ni retroceder sin luchar. Gloria será nuestra el haber osado medir nuestras armas con quien tan diestramente hace alarde de manejar las suyas, y si somos vencidos, como es muy posible, lo atrevido de la empresa nos consolará, en nuestro vencimiento.

Una advertencia debemos hacerle y es que si en el curso de esta polémica tal vez usamos del estilo festivo, en nosotros habitual, no crea que es por desprecio ni mofa de sus argumentos, sino porque nos acomodamos mejor á este medio de defensa; y como entendemos que todos serán pocos contra la fuerza del ataque, ninguno debemos desperdiciar.

El Sr. E. P. principia por reñirnos á causa de haber sostenido una disputa *inoportuna*. Este es un buen arranque de autoridad que no deja de prometer para lo sucesivo; pero como al cabo una riña no es una razon, pasaremos á hacernos cargo de los puntos que ordenadamente se propone desenvolver, y de los cuales el primero es demostrar que no existe necesidad absoluta ni necesidad relativa que exijan la ereccion de un nuevo teatro en Cádiz.

Respecto á lo primero, dice que nadie en España ni fuera de ella ha considerado á los espectáculos teatrales como de necesidad absoluta, y pruébalo incontestablemente haciendo ver que el noventa por ciento de los pueblos carecen de teatros, y que sin embargo viven alegres y divertidos, añadiendo que en las poblaciones donde los hay, el noventa por ciento de sus habitantes no concurren á ellos, y pasan sin embargo las primeras horas de la noche en otras diversiones mas ó menos inocentes.

Pobrísimas razones llama á estas tuyas el Sr. E. P., á pesar de haberlas calificado poco antes de *incontestables*, que es el nombre que en efecto les cuadra. Los teatros, y en esto estamos perfectamente de acuerdo, no son de necesidad absoluta, como no es de necesidad absoluta el usar zapatos: millones y millones de hombres no los han usado jamás, y no los echan de menos para nada. No existe para el hombre en el mundo otra necesidad absoluta que el comer, y eso un puñado de bellotas ó unas yerbas silvestres: el mas humilde potaje de espinacas es un refinamiento social, porque la tierra no ofrece al estómago hambriento de sus habitantes alimentos en salsa ni mucho menos pavos trufados: hasta la camisa es una superfluidad, y en efecto la tercera parte del género humano no la conoce siquiera, lo cual no le impide el tener otros goces, acaso mas positivos que los que disfrutamos nosotros los encamisados.

No hay pues en este punto discusion posible, porque ningun axioma la admite. Veamos ahora si hay necesidad relativa.

"En Cádiz hay dos teatros; hemos tenido muchos años tres, cuando habria bastado y aun sobrado con uno solo para una poblacion de 65.000 almas." Esto dice el Sr. E. P.

Nosotros, con permiso de dicho señor, diferimos de su opinion en algo, aunque quizá estamos conformes en la esencia. A los teatros de Cádiz les sucede lo que á las monteras del juicio de Sancho Panza. Allí habia diez, pero ninguna servia para la cabeza. Aquí hay dos teatros, pero como ni uno ni otro tienen las condiciones de tal, es lo mismo que si no hubiera ninguno. A haber uno bueno, convenimos en que bastaria y hasta sobria con él, pero dos malos no suplen por uno bueno, como no suplirian en una mesa dos grullas por un faisán. Justamente ha sido esa una de las principales razones que nos han hecho tomar cartas en pro de la construccion de un teatro en Cádiz.

Como por mero episodio indica el autor una cuestion, en la que manifiesta no querer entrar de lleno, y es lástima, porque una vez resuelta, ni habria tenido que escribir sus artículos, ni nosotros los nuestros, ni el ayuntamiento se habria ocupado del asunto, ni nada de lo hecho ni de lo dicho serviria para nada. Eso seria ir derecho al corazon del proyecto. Hablamos de las dudas que pudieran suscitarse acerca de la moralidad ó ilustracion que los espectáculos teatrales prestan á los pueblos: punto que, segun el Sr. E. P., es todavia muy cuestionable, y en que el autor muestra inclinarse por la negativa, toda vez que afirma que en tal sentido opinan *los pensadores circunspectos, los profundos filósofos y los rígidos moralistas*, cuando solo defienden lo contrario *los espíritus fuertes, los eruditos á caballo y los artistas*. En tales calificaciones se trasluce sobradamente de cual de las dos partes están las simpatías y acaso las convicciones del autor. Y cuenta que no decimos esto por averiguar lo que particularmente nada nos importa, sino porque tal sospecha nos lleva á una deducccion legítima respecto á la cuestion suscita-

da, y es la siguiente: ¿Si semejantes principios se profesan por un escritor; si se principia por condenar en el fondo la existencia en masa de los espectáculos teatrales, todos los argumentos no vendrán ya impregnados de aquella idea primitiva? ¿A qué discutir su conveniencia é inconveniencia local? ¿A qué descender á pormenores de posibilidad ó imposibilidad para un caso dado? ¿El que, por ejemplo, no tiene religion ninguna, á qué ha de perder su tiempo en controversias de teología dogmática?

Esto es decir que estamos amagados de retrogradar á la época de Felipe II y de regencia de Doña Mariana de Austria. Esto es decir que hemos vuelto al padre Loaisa y á la Eutrapelia; y sin embargo aun entonces las comedias hallaron ilustrados absolvedores en los teólogos de Alcalá, y defensores sabios como el padre Guerra, el cual era ciertamente un erudito, aunque no sabemos si iba á caballo ó á pié. Probablemente cabalgaria en mula. El mundo marcha.

Hasta aquí llega el primer artículo de la serie de los anunciados. De los sucesivos nos iremos ocupando en tiempo oportuno, porque hoy hemos menester nuestro espacio para otros asuntos. Por lo visto el Sr. E. P. reserva sus grandes golpes para mas adelante, porque lo que es hasta ahora no nos hemos asustado: en ello obra como diestro no envidándolo todo á las primeras. Bien es, no obstante, que nosotros prevengamos ánimo y fuerzas para las nuevas acometidas.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

TEATRO PRINCIPAL.

Se ha puesto en escena pocas noches ha una agradable y graciosa novedad. Hablamos de *Un Cocinero*, zarzuela en un acto, original de Scribe y traducida por el Sr. Camprodón. De ella vamos á decir dos palabras.

El protagonista de la pieza es en efecto el cocinero en jefe del ministro de relaciones exteriores del primer imperio. Ahora bien; en un siglo en que todas las grandes transacciones diplomáticas se preparan y casi se organizan entre los perfumes del Champagne y de la salsa de pato, ya puede calcularse la alta importancia política de un cocinero. El de que nos ocupamos era de aquellos que comprendian perfectamente la suya, y que por tanto sabia armonizar su lenguaje con los resultados probables de las confecciones de su fogon.

Su dignidad aristocrática se veia sin embargo contrariada por el amor que un hijo suyo, jóven de gran porvenir culinario, profesaba á una muchacha, simple cocinera civil, y que malograba sus buenas disposiciones entre el vulgar estofado casero y el humilde guiso de patatas. Pero ni amenazas, ni halagos, ni desdenes eran poderosos á apartar á aquellos tiernos corazones de un amor nacido en medio de los ardores de la hornilla.

MODAS DE PARIS.

Este mes, mi querida Berta, he podido observar bastantes equipos, tanto de visitas y paseos como de noche, y voy á participarte mis observaciones; pero á fin de poner un poco de orden en mis recuerdos, voy á dividir mi narracion en varios puntos como lo hacen los oradores. En cada uno de ellos estableceré párrafos separados para las señoras y para las jovencitas; mas antes de entrar en materia, permíteme, por via de exordio, que me lamente de las tendencias de la moda actual: á pesar de nuestras quejas, los talles cortos y las mangas del tiempo del imperio van á triunfar, y pronto la nagua estirada renacerá de sus cenizas. Doble-mos la frente, pobres víctimas de la inconstante diosa, y entremos en el primer punto de nuestro discurso.

1.º *Equipos de visitas y paseos.* Para señoras. Trage de muaré *antique* con rayas. Sombrero de terciopelo grosella de los Alpes; el fondo de tul blanco cubierto con un adorno de encage negro; al lado izquierdo tres crisantemos grosella de los Alpes; abrigo de terciopelo guarnecido de pieles.

Para señoritas. Trage de tafetan negro sembrado de estrellitas verdes. Sombrero de tafetan picado verde; atraviesa la copa una banda de terciopelo negro con ancho lazo. Polonesa de paño terciopelo marron punteado.

2.º *Equipos de comer.*—Para señoras. Trage de dos naguas; la primera de tafetan liso violeta, adornado por abajo con losanges de terciopelo negro; la segunda de tafetan violeta sembrada de lunares de terciopelo tambien negro; corpiño de puntas, con bandas de terciopelo que se cruzan y se afirman en los hombros, en medio del corpiño, delante y en la espalda por largas cocas sin cabo; las mangas, muy abofadas y cerradas, terminan en la mitad del antebrazo. Prendido de tul de ilusion y encage negro; á un lado, lazos de terciopelo negro; al otro, ramo de oreja de oso en terciopelo lila, y largos barbiquejos de tul anudados por bajo de la barba.

Para señoritas. Trage de tafetan verde Isly; nagua con un volante por abajo de treinta centímetros, con cabeza, y rodeado de terciopelo verde; la nagua se arma en la cintura por solos cuatro grandes pliegues, manera que se va usando mucho, y que sin embargo me parece poco graciosa; corpiño montante, de cinturón largo, de tela igual á la del trage, y orlado de terciopelo. Prendido: un solo lazo

El jóven cocinero no desperdiciaba ocasion alguna de festejar al objeto de su cariño, y en el último convite habia hecho desaparecer unas cho-chas, juzgando que su Lucía era digna de ellas como pudiera serlo un ministro plenipotenciario; pero descubierto el escamoteo hubo de hacer dimision con gran gusto suyo, puesto que semejante circunstancia le hacia descender al nivel de Lucía, único objeto de su ambicion.

Así las cosas, un nuevo convite debia tener lugar aquel dia, no menos solemne que los anteriores; pero en vano el cocinero padre meditaba acerca del perdido secreto de un célebre pastel, misto de cocina inglesa é italiana, y que el ministro parecia desear con no menos ahinco que un tratado de paz. Triste por el mal éxito de sus pruebas, baja á las cocinas á revistar sus platos, preparando antes por su mano uno digno de los representantes de la Europa entera. Lucía llega en este momento, y aprovechándose de aquella ausencia se apodera de una hornilla en union de su novio, y ensaya un nuevo pastel cuya receta le habian dado, resolviendo ambos comerlo juntos. Déjanle en las brasas, y desconfiando César, que así se llamaba el cocinero hijo, de la bondad de aquella no experimentada confeccion, la sustituye para su uso particular con la preparada por su padre, lo cual hace que no hallando ésta el mayordomo al llegar, haga vaciar la otra en el plato, sirviéndola en el acto.

El cocinero padre se apercibe tarde de aquel *quid pro quo*, se desespera y quiere suicidarse por temor á la deshonra; pero, oh dicha! el mayordomo llega desalado á noticiarle que aquel pastel anónimo era el anglo-italiano, era el mismísimo *puding á la zipolatla* que el ministro con tanto empeño buscaba, y el que habia producido en la noble reunion un efecto tal que el embajador de Dinamarca, al gustarlo, ofreció seis mil francos de sueldo al cocinero autor, si su amo se prestaba á cederlo; cosa que el tal rehusó, proponiendo al embajador la adquisicion del hijo, no menos diestro que el padre en la ciencia de las cacerolas. Hácese así, y César se dispone á partir para Copenhague en union de su querida Lucía.

Esta zarzuela está llena de graciosísimas alusiones políticas y diplomáticas de tan buen género como efecto. Hay en su versificacion no pocos descuidos: pero al cabo recaen en una obra agena de pretensiones.

El Sr. Pastor, aunque acostumbra precipitarse, estuvo muy bien en su papel, y lo mismo decimos de la Srta. Marquez, jóven de muy tierna edad, cuya voz no está aun formada y carece por tanto de timbre y seguridad. Esto no es culpa suya sino de sus poquísimos años. Sin embargo, sabe moverse en la escena; su gesticulacion es propia y animada, dice muy regularmente su papel y posee una graciosa figura. Entendemos que podrá sacarse de ella en tiempo y ocasion no poco partido.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

de tafetan negro, colocado al lado ó sobre la frente.

3.º *Pequeña suaré.*—Para señoras. Trage de muaré nuevo, color dália; nagua lisa; corpiño escotado; fichú sin cabos, formado de encajes negros y blondas blancas alternados; largas mangas formadas de gruesos buches de tul, blondas y encajes, unidas al fichú y colocándose encima de las mangas cortas del vestido. Estas mangas están muy en favor. Prendido: *puf* de encaje negro y blonda blanca, adornado de pequeñas dalias de diversos matices.

Para señoritas. Trage de tafetan, fondo blanco, con pequeños dibujos Pompadour; doble nagua; corpiño escotado; fichú aldeana, de tul cubierto con colmenillas de tul de ilusión, separadas por una cinta de tafetan azul muy estrecha; mangas cortas, con un *jockey* de seda y dos gruesos buches de tul aprisionados por cometas de cintas azules. Prendido: ancha esterilla de terciopelo azul, que ciñe la cabeza y rodea el peinado; al lado izquierdo, ramas de rosas.

Debo hacerte observar que el verdadero fichú María Antonieta está casi abandonado: se le ha desnaturalizado poco á poco, y hoy ya no es posible reconocerlo bajo la forma que se le dá: es lástima. Se le ha reemplazado por una peregrina con punta por delante, prendida al talle y sin cabos; lo cual se concibe, porque los anchos cabos del cinturón confundirían á aquellos.

4.º *Equipos de baile.*—Para señoras. Trage de raso verde Azofabierto por delante, redondeado segun el gusto de las antiguas marquesas, rodeado de colmenas de blonda, y dejando ver una enagua de tul blanco adornada con diez y ocho pequeños volantes; mangas muy cortas con vuelos de tul blanco muy largos. Prendido: broche de diamantes colocado en lo alto de la cabeza; de este broche parte una larga pluma blanca que se enrosca al rededor del bandó y cae sobre el cuello.

Para señoritas. Trage de tafetan rosa; en la parte inferior de la enagua seis volantes recortados, de cuatro dedos de alto, en crespon rosa matizado. He visto á una jóven con un vestido como este, pero de color de salmon. Prendido y ramo del corpiño, con rosas del color del trage.

Al terminar debo hacerte algunas observaciones: la falda de este último trage está hecha en punta, lo que le dá mucha amplitud por abajo. Esta forma, aunque algo huele al primer imperio, es muy linda. En segundo lugar te diré que los corpiños se ven bastante escotados; cuando lo son en forma de corazon,

las camisetas suizas son indispensables.

A título de capricho, y no de utilidad bien demostrada, te voy á señalar una innovacion, de la cual la coquetería solo tiene los honores. Los capuchones, fuerza es confesarlo, cuadraban bastante mal á la figura, y al salir de un teatro ó de una suaré, nos apresurábamos á desaparecer, temerosas de ser sorprendidas con tan feo equipo. Las elegantes lo han reemplazado ventajosamente con una banda ó ancho paño de gasa ó de barege blanco, con el que se envuelven la cabeza. He oido hablar tambien de una red, que seria cosa muy abrigada y muy coqueta; pero antes de dártela á conocer quiero verla por mí misma.

Te envío un estrecho abrazo, mi querida Berta, y me repito por toda mi vida tu sincera amiga,

M. D.

ESPLICACION DEL FIGURIN DE MODAS.

PRIMER FIGURIN.

Vestido de *moiré antique* con dos enaguas ribeteadas de terciopelo negro: la segunda está ligeramente alzada por dos moños de terciopelo rodeado de encaje negro, teniendo el de abajo cabos largos, y el de arriba sin ellos: la enagua se pegará á grandes pliegues por detrás, y pequeños por delante desde los costados. Monillo alto liso con cotilla cerrada, cerrado por detrás: peto formando tres puntas de terciopelo rodeado de un pequeño encaje; mangas lisas por arriba y anchas por abajo, adornadas de cinco jaretones al sesgo forradas de satin blanco con un rizado de cinta de raso blanco: sobre la costura de la manga, banda de terciopelo con los mismos adornos y un moño igual al de la enagua. BUCHES DOBLES de tul blanco. Cuello de encaje. Sombrero de terciopelo azul prusia y satin blanco: la copa es de satin azul con una toquilla de lo mismo, y todo lo demás de terciopelo: á la derecha una pluma blanca enroscada al rededor del ala: en el interior *bandeau* de terciopelo trenzado. Alfiler de camafeo. Ricos brazaletes. Guantes malva.

SEGUNDO FIGURIN.

Vestido de crespon con dos enaguas y viso de raso rosa: ambas enaguas están adornadas con siete pliegues cojidos de distancia en distancia por rizados de blonda. Monillo de cotilla plegado delante y detrás. Mangas odaliscas con dos buches fruncidos arriba: al re-

dedor rizado de blonda blanca. En el pecho, hombros y segunda enagua, ramos de rosas y de lilas blancas. Adorno de cabeza, lo mismo. Guante blanco y corto. Brazaletes ricos. Pañuelo redondo de encaje. Botas de satin blanco.

ESPLICACION DE LA HOJA DE PATRONES Y BORDADOS.

MONILLO REDONDO PARA VESTIDO DE SEÑORA NÚMEROS 1 A 4.

- N.º 1 Manga.
2 Espalda.
3 Costado.
4 Delantero: unidas entre sí las letras marcadas en los diferentes patrones, queda formado el monillo.

- 5 y 6 Cuello y puño: bordado ligero.
7 y 8 Capillo para niño: al pasado.
9 y 10 Cuello y puño: id., feston y el centro de las flores, calado.

- 11 Banda: al pasado, bordándose por cima del dobladillo.
12 Embutido: bordado rico.
13 Esquina para pañuelo C. M.: al pasado y bordado ligero.
14 Embutido: al pasado.
15 Guarnicion: id. feston y bordado ligero.

- 16 y 17 Id.: id. id.
18 Embutido: id. rico.
19 Esquina para pañuelo: id. id., nuditos y bordado ligero.

- 20 y 21 Guarniciones: al pasado y feston.
22 Esquina para pañuelo: id. ojete y bordado ligero.

- 23 Id. id., Matilde Charriere: al pasado y feston.

- 24 á 26 Ramos para diferentes objetos: bordado rico.

- 27 Esquina para pañuelo J. B. Z.: al pasado id.

- 28 Embutido: al pasado.

- 29 Esquina para pañuelo: al pasado.

- 30 Banda: al pasado, bordándose por cima del dobladillo.

- 31 Guarnicion: feston.

- 32 Id.: al pasado y feston.

- 33 Id.: feston y ojete ó lunares.

- 34 Eduardo E. Ortelly: al pasado.

- 35 Andrés Jorge Ortelly: id.

- 36 María Teresa Lavarello: id.

- 37 Emma Eduarda Lavarello: id.

- 38 Embutido: al pasado.

- 39 C. H.: id.

- 40 C. S. ligadas: id.
41 L. B. id.: id.
42 C. G. id.: id. rico y feston.
43 C. C. id.: id.
44 E. G. id.: id.
45 L. T. id.: id.
46 A. B.: id.
47 A. S. A.: id.
48 G. C. ligadas: id.
49 P. B. id.: id.
50 G. L. id.: id.
51 H. M.: id. y bordado ligero.
52 C. M.: id. id.
53 P. P. A.: al pasado.
54 Dolores Gonzalez: id.
55 Isidora: id.
56 Remedios: id.
57 J. G. ligadas: id.
58 M. G.: feston.
59 A. C.: al pasado.

SOBRETUDO PARA NIÑA DE 7 A 8 AÑOS NÚMEROS 1 Á 4.

- N.º 1 Delantero.
2 Espalda.
3 Costado.
4 Manga.

Este sobretodo puede hacerse de paño adornado con un ancho galon colocado á distancia conveniente del filo, ó de seda, en cuyo caso el galon será de pasamanería. Para formar el no hay mas que seguir la indicacion de las letras que tiene cada molde. Hemos dado preferencia á este elegante *pardessus*, porque como comprenderán nuestras lectoras puede acomodarse á todas las edades con solo aumentar ó disminuir el tamaño de los moldes.

- 5 y 6 Cuello y puño: feston y ojete ó lunares.

- 7 Pañuelo: feston, ojete y calados.

- 8 Volante para vestido que se bordará al feston por cima del dobladillo.

- 9 Guarnicion: al pasado y punto de escala.

- 10 Valentina: al pasado y bordado ligero.

- 11 F. L.: id.

- 12 F. C. L.: id. rico.

- 13 C. M.: feston.

- 14 E. L. bordado ligero.

- 15 A. P.: al pasado.

- 16 S. M.: id.

- 17 D. G.: id.

- 18 P. H.: id.

- 19 C. L.: bordado ligero.

- 20 A. S. A.: id.

- 21 A. B.: al pasado.

- 22 Clara: id.

23 B. L.:	bordado ligero
24 J. B.:	al pasado.
25 Y. C.:	id.
26 M. S. de C.:	id.
27 María Sanchez de Caballero:	al pasado.
28 M. A.:	al pasado.
29 C. A.:	id.
30 F. V.:	id.
31 J. V. Y. E. S.:	id.
32 L. R.:	id.
33 V. P.:	id.
34 J. M. G.:	id.
35 B. R.:	id.
36 Javiera Bornas:	id.
37 á 43 C. F. M. R. S. Y.	id.
44 S. V.	id.

ESPLICACION DE LA HOJA DE CROCHET.

- N.º 1 Tapete.
 2 Alfabetos mayúsculo y minúsculo.
 3 4 y 6 Embutidos.
 5 Guarnicion.

De las obras que se hallan en el prospecto ofrecidas para regalo á los Sres. suscritores por año, se han agotado las siguientes:

JERUSALEN libertada.	76
EL TALISMAN.	14
EL CABALLERO D'Harmental.	40
EL DIABLO cojuelo ú observador nocturno.	16
HISTORIA de Gibraltar.	28
LA RESURRECCION de Tadeo.	20
PIE de hierro.	6
LA ULTIMA hechicera.	14
EL NUEVO Robinson.	40
GUATIMOZIN último emperador de Méjico.	28
SAB, novela por Doña Gertrudis de Avellaneda.	24
LA ITALIA Roja.	20
GUARDATE del agua mansa, comedia.	
TRATADO de las enagenaciones mentales.	50
NOVELAS de Miguel de Cervantes.	36
LA NAVE fantasma.	28
NUEVO método para aprender el inglés.	10
ALLAN el pescador.	8
UN RECLUTA.	30
HISTORIA de las revoluciones de la República Romana.	28
MANUAL para pintar al lavado y á la aguada.	19
LAS TRES Navidades.	24
NUEVO manual de la buena ama de gobierno.	4
CALIGRAFIA española.	5

Con el número de hoy repartimos dos figurines para señoras en vez de uno que es á lo que estamos obligados. Hacemos este obsequio á nuestras constantes suscriptoras, y como una prueba mas del deseo que nos anima por complacerlas.

SUMARIO.= *La mujer, estudios morales*, por la Sra. Doña María del Pilar Sinués de Marco.= *Las almas gemelas, novela original* por Doña Robustiana Armiño de Cuesta.= *Los cafés*, por D. Rafael García y Santisteban.= *Apología de la mujer*, por la condesa Drohojowska.= *Amor de un poeta*.= *La Banca y las musas*, por D. Luis del Barco.= *Rugier de Lauriga, novela original* por Doña Felicitas Asin de Carrillo. Segunda parte.= *Seccion de economía doméstica y arte de cocina*.= *Nuevo teatro*, por D. Francisco Flores Arenas.= *Teatro Principal*, por D. Francisco Flores Arenas.= *Modas de París*, por M. D.= *Explicacion del figurin de modas*.= *Id. de la hoja de patrones y bordados*.= *Id. de la hoja de crochet*.= *Geroglífico*.

AMINAS.= *Dos figurines para vestidos de señoras*.= *Hoja doble de patrones y bordados*.= *Id de crochet*.= *Id. de tapicería en colores*.=

Solucion del geroglífico anterior.

El hombre villano tira la piedra y esconde la mano.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1859.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

